

MONTEMAYOR, JORGE DE (1520 – 1561)

ÉGLOGAS

ÍNDICE:

ÉGLOGA primera

A la ilustríssima señora, la Marquesa de Gibraleón, Condesa de Benalcázar

ÉGLOGA segunda

A la señora doña María de Guzmán

ÉGLOGA tercera

A la señora doña Ysabel de Osorio

ÉGLOGA quarta

A la señora dona María de Aragón

ÉGLOGA PRIMERA

A la ilustríssima señora, la Marquesa de Gibraleón, Condesa de Benalcázar

En medio de la Hesperia al mediodía,
principio del extremo do apacientan
las mansas ovejuelas sus corderos,
huyendo de la nieve campesina,
do están las claras aguas y las fuentes
la fama del pintor manifestando,
corriendo por sus vegas y riberas,
y van al hondo Tajo, do acrecientan
sus aguas, al entrar de Lusitania.
Allí se haze un valle muy humbroso,
cercado de una parte de la sierra
que llaman Bejarina comúnmente,
a do la blanca nieve está contino;
de la otra parte está no menos alta
la Sierra Calcidonia, y allí en medio
el hondo valle queda como digo,
a gran trecho d'allí las altas sierras
se abraçan, de manera que este valle

allí va a rematarse y haze punta,
a él pueden baxar del alta cumbre
por un ancho camino el qual divisan
de bien lexos de allí los caminantes.
Por medio deste valle van las aguas
de Xerete, aquel río que regando
el pie de la arboleda, el valle ameno
con flor y hoja y fruta resplandece.
De la otra parte acá del hondo valle
el río por su anchura más s'estiende
de la una parte dél verán alisos,
que de lexos parece estar cayendo
sobre tina tabla d'agua tan hermosa,
tan clara que la sombra y arboleda
debaxo de sus aguas se parece.
De la otra parte están las verdes huertas
que adornan con frutales y ortaliza
el valle y alta sierra, y aun el río.
Passada el ancha tabla está una puente,
con mano artificiosa edificada;
en medio la recibe un arboleda
que natura produze en su cimiento.
Passada la ancha tabla, se divide
el claro y fresco río, y va cercando
el valle, y una ysla dexa en medio,
los braços que la cercan van cercados
de salzes y de alisos de una parte,
de otra naranjos, mirtos y laureles,
las puntas y las ramas de los quales
por encima del agua hazen sombra.
A un cabo desta ysla ay un bosque
de árboles diversos, montesinos,
más baxos, algún poco que los otros.
¡Pues qué cosa es de ver quando se juntan
los dos braços, después que an rematado
la ysla y valle ameno que he descrito!
Con aquel regozijo con que suelen
bolver dos coraçones, que apartados
acaso estar pudieron algún tiempo,
o por sucessos varios de Fortuna,
o porque Amor mil vezes lo permite
por dalles más contento a la tornada;
assí las puras aguas christalinas
se van a recibir, acrescentando
qualquiera enamorado pensamiento
y allí donde se juntan la arboleda

es tanta, que se haze un espessura
de salzes y de alisos, que sus puntas
parece que compiten con las nuves;
allí verán la música de Orpheo
en boca de los dulces paxaricos;
allí los ruyseñores de mañana,
con su canto suave provocando,
a la calandria sacan de su nido;
acuden los xirgeros muy a punto,
las tórtolas escuchan la armonía,
su soledad continua lamentando.
Por una cuesta arriba está la insigne
Plasencia, muy cercada de alto muro,
do reyna de contino el fiero Marte.
También veréys allí reynar las Musas;
allí está de contino derramando
Minerva su licor, el qual sublima
el arte, la biveza y el ingenio.
Estava, pues, allí una cabaña
a do se crió siempre una pastora
el nombre de la qual fue Vandalina;
su fe le pudo dar muy alto nombre
que siempre la guardó discretamente.
Pues como Lusitano repastasse
en esta ysla que digo su ganado,
a Vandalina vio, y en aquel punto
quedó de la saeta enamorada
tocado, y fue tocando el alto cielo
con las quexas y versos que cantava
al son de una çampoña, que tañendo
la Isla y todo el valle enterneçía.
Y otro pastor, llamado Tolomeo,
allí acertó a llegar a coyuntura
que Lusitano estava assí cantando:
«Amava Tolomeo una pastora
que Lucina á por nombre, de Vandalia,
tan linda y tan graciosa como esquiva».
Llegando, como digo, la çampoña
de Lusitano oyó y estuvo quedo,
escuchando estos versos que cantava
aquel que de llorar se mantenía.
Pues tú, Marquesa illustre, cuya fama
alumbra y resplandece en nuestra Europa
y a quien Minerva dio lo más que pudo,
no menosprecies, no, mis baxos versos,
que en ti van a buscar valor y suerte

y no ay si no eres tú a quien se pida.

INTERLOCUTORES:

LUSITANO

TOLOMEO

LUSITANO

De amor de mi principio fuy compuesto,
el todo de mi ser de amor me vino;
Amor fundó en amor mi presupuesto,
lo que en mí no es amor es desatino;
más veo oculto en mí que manifiesto,
mostrar todo mi mal no determino,
que aquello que en amor es más perfecto
se queda reservado a mi concepto.

El mal se haze fuerça reparando
sus golpes en sí mismo, aquella ora
que estoy en mi memoria contemplando
la gracia y perfición de mi pastora;
mas viene luego el mal manifestando
qu'el mucho ymaginar en mi Señora
dará de codicialla unos rebates
por do pierda la fe de sus quilates.

Parar haze las nuves inquietas
mi voz, y el alto cielo va herido;
las inmortales deas, los planetas
el son de mi çampoña están oyendo;
allá van mis canciones indiscretas,
mas no las oyen, no, do yo pretendo,
y el eco destes valles es testigo
que él solo me responde a lo que digo.
Si Amor pudo matarme, Vandalina,
con sola la ocasión de tu figura;
si Amor está en mi pecho a la continua
y Amor no está en razón, sino en ventura;
si siempre mi afición estuvo fina
y en ti tal discreción y hermosura,
¿por qué me quexo yo de ser perdido
estando mi victoria en ser vencido?

Descansa, mi çampoña, aora un poco,
pues ves que no provoco a sentimiento

sino al veloce viento, que passando
se va todo inflamando en mi tristeza.
Notando la graveza de mi pena,
no digo cosa buena, y aunque diga
«en fin todo es fatiga», y no aprovecha,
¿quán cierta es la sospecha en el que quiere?
Mas aunque Amor me hiere, quiero aora
hablar con mi pastora, que en la mente
la tengo tan presente, que la veo.
Dezille he mi desseo, y por ventura
do niega Amor la cura está ordenado
remedio a mi cuydado, ¿quién lo duda?
Pues di, mi lengua ruda, lo que quieres,
¡o, flor de las mugeres!, ¡o, zagala,
a quien nadie se yguala, ni ha ygualado!
Guardando tu ganado te contemplo,
y sojuzgando el templo de Diana,
la casta y gran romana señoreas,
abaxas las tres deas por el suelo,
derribas al moçuelo de su silla,
las nimphas por la orilla desta sierra
se derriban por tierra quando passa
tu rostro, que trespasa en hermosura.
¡O, tú, que a la ventura y a su rueda
la hazes estar queda, sin moverse!,
mi vida ha de perderse, yo lo siento,
y si por mi tormento no merezco
ni por lo que padezco cada ora
mirar devrías, Señora, que te obliga
a oír mi gran fatiga el ser perfecta.
Mi alma está subjeta y muy contenta
del mal que la sustenta y huelga dello,
que no saldrá un cabello de su pena;
mas tenla tú por buena, que esto quiero,
por esto solo muero, que otra cosa,
zagala generosa, no la pido.
Si tú no has entendido mi tormento,
pregunta lo que siento a este río,
pregunta el pesar mío a estas hayas.
Primero que te vayas, oye un poco.
¿Qué es esto? ¿Yo estoy loco? ¿A quién digo?
¿Quién tengo aquí conmigo? Ya me acuerdo
que no soy sino cuerdo que hablava
con la que ymaginava en mi concepto.
Delante está el objeto y de mi parte.
Si yo pequé en hablarte, Nimpha mía,

callase en mí el dolor, yo callaría.

TOLOMEO

Amor en todo cabo
su effecto manifiesta
y el ánimo fatiga y entristece.
Amor, yo no te alabo,
que bien cara me cuesta
la causa que me aflige y enflaquece,
y siempre me parece
que mi hermosa dea
me tiene satisfecho,
y acá dentro en mi pecho
las partes afligidas me recrea.
Mas passe assí la vida,
qu'el alma a la ocasión está rendida.

El triste Lusitano
es este que aquí veo,
cativo de la casta Vandalina,
a tiempos muy ufano
y a tiempos con desseo,
la muerte se le acerca ya vezina.
Yo, triste, a la contina
parece que me avisa
Amor con mal ageno,
y no entiende si peno,
qu'el triste pensamiento en él divisa
un cierto movimiento
que afina y buelve en gozo mi tormento.

Parece que hablando
se va solo consigo,
so aquella verde haya a estar la siesta.
Pastor, ¿qué vas buscando?
¿No me oyes? A ti digo.

LUSITANO

Allí so aquella haya más enhiesta
que está en esta floresta
vi yo la vez primera
la hermosa Vandalina
como una clavellina.
Mas, ¡ay, triste de mí!, quién no la viera,
aunque es más acertado

morir por la ocasión de aver mirado.

TOLOMEO

Espera, Lusitano.

LUSITANO

¿Quién dize que le espere?

TOLOMEO

Tolomeo, un zagal de aquella sierra,
a quien con cruda mano
Amor fatiga e hiere,
e tiene con su alma cruda guerra.
De una en otra tierra
me vengo desterrado,
y el son de tu instrumento
me hizo estar atento
al tiempo que cantavas tu cuydado,
e aora yo querría
estarme un poco aquí en tu compañía.

LUSITANO

Pudieras a otro tiempo, Tolomeo,
querer mi compañía, que pudiera
ser agradable y dulce más que aora;
mas ay d'aquel que vee lo que yo veo,
e quiere Amor que viva, e no que muera,
viviendo el desamor en mi pastora.
Con quien contino llora
querer conversación es excusado.
Si estás de amor tocado,
querer yo consolarte no conviene.
¿Quién da lo que no tiene?
¿Quién puede a otro alguno dar consuelo,
negándose a él la tierra y cielo?

TOLOMEO

No vengo yo a pedirte, Lusitano,
consuelo a mi dolor, pues no lo espero,
ni espero en algún tiempo desseallo.
Vengo, porque te oí desde aquel llano
quexar del proprio mal de que yo muero,
para en tu compañía lamentallo,
e no para aplacallo,
sino para sentir el mal doblado,
estando acompañado,

que no es de arte el dolor del alma mía,
que estando en compañía
con más facilidad podrá passarse,
mas ante le veréis acrecentarse.

¡O, quién, pastor, pudiesse examinarte
lo que en ti hizo Amor e lo que ordena
Fortuna!, e si a hazello no me fuerço
es porque no me atrevo a preguntarte
de adó nació tu mal, aunque mi pena
para mayores cosas me da esfuerço.
Con todo, yo no tuerço
en esto aquel amor que a Amor se deve,
ni otra cosa me mueve
a preguntar la causa de tus males,
sino ciertas señales
que tienes de herido e muy contento,
mirando la ocasión de tu tormento.

LUSITANO

El caso de mis males
ha sido un solo efecto,
nascido de una causa tan forçosa,
que fuerça los mortales
y en un solo sujeto
dos mil contrarios pone a cada cosa.
La muestra es tan sabrosa,
que luego en aquel punto
provoca a trasladarse
e sin poder mirarse
sino la perfición de aquel trasunto.
Mas tanto puede el mal,
que buelve este trasunto original.

El bien que es padecello
por ser la causa buena
me hizo consentir en el cuydado,
y el mal por sostenello
paresce que me ordena
más bien que ha sido el mal que me ha causado.
¡O, trato desdichado!
¡O, pena que en oýlla,
estando yo sin ella
temblava, más que en vella
al tiempo que el Amor me hizo sentilla,
que aora en mi tristeza

el uso largo me es naturaleza!

Dezirte quiere aora
el triste Lusitano
la gracia, perfición e hermosura
de aquella su pastora,
a quien el soberano
ha hecho por milagro de natura
subjeta esta ventura
al gran merecimiento
que en Vandalina ha puesto,
e a su hermoso gesto
jamás pudo llegar entendimiento
porque otro no pudiesse
dezir para acabar lo que dixesse.

Al fin yo determino,
zagala, de loarte,
e aunque passar no pueda deste punto,
quiçá será camino
el siempre imaginarte
para sacar al proprio tu trasunto.
¿Qué es esto? ¿Estoy difunto?
La sangre ya me huye,
burlava que no quiero.
¡O, coraçón ligero!,
¿e solo imaginallo te destruye?
No pienses que me espanto,
que sola su beldad guiará mi canto.

¡O, Musas, comencemos!
¡O, ríos, no corráis!
¡O, peces, que la mar andáis vagando!
Cessad, todos callemos.
¡O, vientos, no mováys!
¡O, aves, que a las nuves vais bolando!
Parad, que yo l'os mando,
de parte de quien digo.
¡O, Piéredes, oýdme!
¡Vos, Dríades, sentidme!
¡O, Phebo, sedme vos desto testigo!,
que a todos les requiero
que callen, so la pena de que muero.

En claro y fresco día,
tomó naturaleza

en su mano derecha su pinzel,
e allí lo que podía
mostró con tal viveza
que de sí dio experiencia solo en él,
pidiendo ayuda aquel
pintor muy estremado
que con divino intento
pintando el firmamento
en solo su concepto fue acabado,
y después desto todo
pintó su hermosura deste modo.

Estando, pues, metida
en la obra estremada,
de su primor haziendo allí reseña,
al rostro dio medida
tan bien proporcionada,
que no uvo cosa grande ni pequeña:
la cara fue aguileña,
la frente en su hechura
dexó el mundo confuso,
e tal color le puso
que allí perdió la nieve su blancura,
después de unos cabellos
que el oro queda atrás e passan ellos.

Hazer los ojos quiso
debaxo desta frente
y en tanta proporción fueron traçados,
que luego de improviso
los suyos hechos fuente
quedaron de su obra enamorados,
muy claros e adornados
de ceja tan perfeta
qual vio que convenía;
y ved qué tal sería,
pues fue naturaleza tan subjeta
de su misma hechura,
que fue más avivando la pintura.

Y como desseava
passar muy adelante
temiólo por hazer, según lo hecho,
nariz muy afilada,
le puso en un instante
en un compás medido y muy derecho.

Debaxo un poco trecho
la boca, soberana
le puso y como parte
subió allí tanto el arte,
que ya no parecía cosa humana,
pequeña colorada
de cristalinos dientes adornada.

Para estas maravillas
materia vio oportuna
la gran naturaleza, pues haziendo
las blancas dos mexillas,
d'un cabo está la Luna
y de otra el claro Sol resplandeciendo.
La barba componiendo
estava y contemplando
su forma delicada,
quedó tan estremada
el cristalino rostro rematando,
que no ay cosa en el suelo
que más nos manifieste lo del cielo.

La nuestra gran pintora
estava tan sutil,
que dava de sí exemplo en este día.
Haziendo a mi pastora
un cuello de marfil
tan blanco, que la aurora escurecía
do quasi parecía
quando hombre lo mirava
dificultosamente
una vena excelente
azul, que la garganta matizava
tan prima y tan derecha,
que puso admiración después de hecha.

En el derecho punto,
ygal compás echando
conforme a lo demás que estava hecho,
sin otro algún trasunto
por do fuesse sacando
le hizo d'alabastro el blanco pecho;
ygal y muy derecho,
el cuello se assentava
sobre el pecho divino,
lo más que sobrevino

assí naturaleza lo traçava
que puede ser juzgada
su estraña perfición, por la passada.

TOLOMEO

Aunque tu Vandalina no llegasse,
amigo Lusitano, do á llegado,
y su fama excelente no bolasse,
bastava el crudo amor averte dado
una ocasión pequeña de miralla
con un solo desseo enamorado.
Bastava un bolver de ojos, un tratalla,
un no sé qué en la habla, o en el meneo,
lo qual te aficionasse a conversalla.
Para venir tras esto aquel desseo
d'estar tan arraygado en su memoria,
quan triste y olvidado yo me veo.
No cures de alaballa, que la gloria
en lo que me as contado no consiste,
ni está en solo esse punto la victoria.
No está el enamorarte en lo que viste,
sino en esta afición con que miraste
aquella a quien del todo te rendiste.
No niego qu'el lugar do t'empleaste
excede en calidad tu tormento,
ni niego la razón con que la amaste.
Mas no consiste en esso el pensamiento,
muy fuera va de aý, qu'el amor fino
un solo effecto es del sentimiento.
Es un sentir el mal por un camino
que piensa el que dest'arte no lo siente,
que no es aquello amor, mas desatino.
¿Qué entiende el hombre sano del doliente?
¿Qué siente el que está libre del cativo
para poder tratar de su accidente?
En sola razón contino estribo.
Definan al amor como quisieren,
porque esta es la opinión en que yo bivo.
Dexemos mil sospechas con que quieren
dezir que el amor mata, que las tales
no son las verdaderas, aunque hieren.
Estos se llaman celos, que infernales
parecen, y lo son, y aunque assí sea,
las circunstancias son de las mortales.
Guárdete Dios d'olvido, y no se vea
tu alma, Lusitano, en tal aprieto,

que sin gustallo bien no ay quien le crea.
Este es mortal dolor a quien subjeto
está qualquiera mal, por más que pene
y el triste coraçón siempre inquieto.
Aunque el dolor de ausencia te condene,
no pienses que es dolor, mas mensagero
deste otro grave mal que cerca viene.
Vello as en tu dolor, a él me refiero,
y en tu misma passión verás la mía,
que tú me lo enseñaste a mi primero.

LUSITANO

No pienses, Tolomeo, que la vida
por donde Amor me lleva as acertado,
pues no entiendes el fin de mi porfía.
Perdido estoy de amor, mas mi cuydado
no espera effeto alguno, y si lo espera,
tan limpio es en amor como has notado.
Quien funda su afición desta manera
no puede padescer por la sospecha,
que a vezes de razón está muy fuera.
Esta es la vía de amor y la derecha,
éste es fino querer, y es amor puro,
para este effecto amor duró la flecha.
Assí que, Tolomeo, está seguro
que entiendo de mi fe lo que se ofrece
al casto y limpio amor que figuro.
Quien ama como yo, aquel merece
si no espera más bien que yo posseo
y este es el fino amor y el que floresce.
Si a ti te pareció que fue rodeo
averte yo descrito a mi pastora,
muy lexos debes yr de mi desseo.
Que no es aquello, no, lo que enamora
como tú as acertado en afirmallo:
sólo es el puro ser de mi Señora.
Otras mill cosas siento, aunque las callo,
e aun son para callarlas muy mejores
en el extremo triste en que me hallo.
Ya Phebo se nos va, ya los pastores
con sus ovejas van a lo poblado,
dexando solo el campo con sus flores.
A recoger me ayuda este ganado,
y a mi choça nos vamos, pues el día
por su derecho curso se á passado,
que muy alegre me es tu compañía.

ÉGLOGA SEGUNDA

A la señora doña María de Guzmán

Las ansias, los suspiros, los amores
diré de un pastor triste y sin ventura,
que fue en su tiempo exemplo de amadores.

Riberas de Pisuerga, en la espessura
de un bosque espeso y de árboles poblado,
al pie de una alta haya, en la verdura

Estava el pastor triste, tan cansado
de lamentar su pena cada hora
como del mal d'ausencia lastimado.

Llevado an de aquel valle a su pastora;
con ella le an llevado aquella gloria
que su vista le daña de ora en ora.

Passando está el pastor por la memoria
mil cosas, que a poder passar por ellas
cada uno del amor avría victoria.

Fatíganle sus quexas, y aunque dellas
no piensa aver remedio ni l'espera
recibe por afrenta estar sin ellas.

Su fe está encareciendo, de manera
que no cree que jamás podrá acabarse
por más que la fortuna o tiempo quiera.

Y estando ymaginando y sin quexarse
venir vio a dos pastoras del aldea
al soto y claro río a recrearse.

La una era Solisa, otra Olinea,
la una de passarse el tiempo quexa,
a la otra el mal d'ausencia señorea.

Cada una agravia el mal que más le aquexa,
pidiendo al pastor triste lo juzgasse,

cada una su derecho en ello dexa.

Pues como a Lusitano le bastasse
su grave mal, remítelo a Belisa
para que las oyesse y sentenciasse.

La qual, aunque su amor y fe le avisa,
a remitillo buelve a Lusitano,
que la sentencia da contra Solisa.

Pues tú, Señora, a quien con larga mano
naturaleza dio quanto dar puede
y a quien loar no sabe ingenio humano,

Recibe este servicio, el qual procede
de aquella voluntad que te es devida
que si este gran favor se me concede,
darás a la obra ser, y a mí la vida.

Lusitano, Olinea, Solisa, Belisa

LUSITANO

Llevó d'aquí Fortuna Vandalina,
mas no el perfecto amor de Lusitano
pudo apartar de mí su faz divina,
pero quitar mi amor no es en su mano,
o sea cruel fortuna, o sea benigna,
que aquel divino rostro más que humano,
jamás podrá salir de mi memoria,
pues sólo en este punto está mi gloria.

La causa deve ser proporcionada
con el effecto della justamente,
y el alma deve ser tan lastimada
como es el fino amor que lo consiente;
y si en principio fue tan estremada
esta causa que digo, es conveniente
que tenga proporción con el effecto,
aunque el corazón siempre sea subjecto.

Y pues la causa fue de lo que siento
tan alta y estremada como digo,
conviene sea sin fin mi pensamiento
y la experiencia dél me sea testigo,
que no podrá acabarse mi tormento
en quanto el alma mía esté conmigo,
y aún no creo que con esto satisfago

ni pienso que la deuda menor pago.

¿Qué sentiría una ánima teniendo
tan alto el pensamiento, si viniese
otro alguno que tal como él no siendo
ocupar sus potencias pretendiese?
Y el pensamiento mismo, si saliendo
sintiese entrar aquel, que tal no fuese
¿qué me podrían decir? Si no la ausencia
de Lusitano dio mala experiencia.

Pues no permita amor, ni él lo consienta
que muerte, vida, ausencia ni fortuna,
prosperidad, bonança, ni aun tormenta,
peligro, enfermedad, ni cosa alguna
dé causa al corazón por do consienta
estar en su opinión otra ninguna;
y si á de ser acaso de otra suerte,
primero este mi mal me dé la muerte.

Bolverse á esta sierra un campo llano
y el llano se hará muy alta cumbre,
la fuerça perderá el sol de verano
y en invierno dará mayor lumbre,
e a quanto pensar puede un hombre humano
natura mudará el uso e costumbre,
primero que imagine yo apartarme
d'aquella cuya ausencia ha de matarme.

El cielo podrá estar de día oscuro,
e muy claro de noche sin ñublarse,
el mar secarse puede e yr seguro
por allí el caminante sin mojarse,
y el corazón que ama estar muy duro,
y el otro sin amor podrá ablandarse,
mas no podrá dexar d'estar continua
en la memoria mía Vandalina.

Triste y seca será la primavera
y el frío invierno alegre e muy florido;
callará el blanco cisne quando muera
y amando el ruyseñor no será oído;
la tortolica leda e plazentera
se gozará en ver muerto su marido;
mas no podrá ni puede Lusitano
quitar de sí un amor tan soberano.

Neptuno perderá el fiero tridente,
Minerva quebrará el cuerno dorado,
Xerete perder puede su corriente
e no haver flor ni fruta en su cercado.
Bever podría Tántalo en su fuente
y el mançano goçar que le es vedado;
mas no podré apartarme aunque yo quiera
de aquella por quien muero hasta que muera.

OLINEA

¿No ves el claro río
quán manso va, e cuán quedo,
Solisa, por el pie desta arboleda,
e sin ningún desvío
el ayre fresco y ledo
menea blandamente esta alameda?
No andes, está queda,
sentémonos un rato
so este olmo e hablaremos;
quiçá descansaremos,
que al buen tiempo parece que es ingrato
qualquiera que desecha
por poco que es el bien si le aprovecha.

SOLISA

¿Qué piensas, Olinea,
que puede el tiempo darme,
pues passa e passo yo la vida en esto?
¿Quién hay que assí me vea,
que pueda consolarme,
ni aun pueda de manzilla verme el gesto,
si no es con presupuesto
de ver un pensamiento
que en mi pecho contemplo,
y en mí tomando exemplo
pensar que no ay más pena ni tormento
que aquel que triste passo
en ver passarse el tiempo passo a passo?

OLINEA

No entiendo, mi Solisa,
la causa de tu pena,
pues no entreviene Amor en tu fatiga,
ni entiendo de qué guisa,
si Amor no te condena,

el tiempo con passarse te castiga.
¿Quién es el que te obliga
a estar tan descontenta,
si Amor no está en tu pecho?
Memoria del derecho, Solisa,
que tengo a que Amor haga de mí cuenta
y en ver que no da un medio
por do pueda mi mal tener remedio.

Tú vives descansada
y está muy de tu vando
Amor, pues que lo tienes tan sellado.
Amando eres amada,
amor te fue cortando
tu bien, muy a medida de tu estado.
Estar de ti apartado
no puede atormentarte,
que cosa es que se alcança;
y en fin una esperança
podrá a muy poca costa sustentarte;
mas yo vivo de suerte
que no espero otro bien sino la muerte.
¡O, cosa nunca oýda!
¡O, extremo de locura!
¡O, passo de notar! ¡O, nueva pena
que aya en esta vida
quien viva tan segura
e no tenga su vida por muy buena!
Si estás, Solisa, agena
de amor, ¿qué mayor gloria
que verte libertada?
¿Ni amar ni ser amada,
ni haver ocupación en tu memoria
te haze a ti estar triste?
Quiçá que va en la estrella en que naciste.

¿Quién hay de amor esenta
que tenga tal extremo
de dar quexas al cielo, di, Solisa?

SOLISA
Quien vive descontenta,
quien teme lo que temo,
¿no ves que passa el tiempo e que me avisa?
Mas di, la frente lisa,
el rostro cristalino,

el cabello dorado
y el cuello delicado,
¿no ves que passa presto su camino?
Tú misma da sentencia
si esto aquexa más que no tu ausencia.

OLINEA

Passar puede en un punto
la juventud preciada,
la gracia d'aquel tiempo e hermosura,
y el cuerpo estar difunto
y el alma transformada
en quien menos descanso le procura
e ser la desventura
tan grande en la pastora
que el pastor no la quiera,
e que ella por él muera
mostrándole sus queexas cada hora;
todo es como pintado
al vivo mal d'ausencia comparado.

SOLISA

No puedes, Olinea,
negar que tu cuydado
por ser la causa tal te da contento,
ni pueda haver quien crea
que no es tu amor fundado
en fe y en gran virtud de pensamiento;
pues puede haver tormento
d'ausencia ni otra pena
que a trueque de olvidarte
un poco e trasformarte
en quien por ti la tiene por tan buena,
no vivas más contenta
que no tener de amor ninguna cuenta.

OLINEA

Bien dizes, mas spera,
no dexo de alegrarme
en ser la causa tal por quien yo peno;
mas di, si no lo viera,
¿pudieras tú negarme
que el tiempo sin pasión me fuera bueno?
Después que ya en mi seno
Amor se me aposenta,
y en él soy transformada,

ya quedo allí obligada
a estar subjeta a él e muy contenta;
mas si esto assí no fuera,
¿con cuánto más sossiego me sintiera?

Si dizes que elevarme
pensando en mi reposo
me puede dar descuento de otros males,
bien puede consolarme
aquel tiempo dichoso
que tengo para mí que no son tales;
mas passan tan mortales
después de mi presencia
con mil desabrimientos
mis tristes pensamientos
poniéndome delante el mal d'ausencia,
que no ay plazer ninguno
que no lo tenga ya por importuno.

SOLISA

Negarte, mi Olinea,
que Amor es insufrible
no quiero, e si quisiesse era escusado,
mas todo el mundo vea
si es pena más terrible
aquella que fortuna me ha ordenado.
Amor me ha desechado,
mi tiempo se me passa,
y más claro hablando
en ver que va passando,
assí el alma se aflige y se me abrasa,
que tu grave tormento
es ayre, comparado al que yo siento.

OLINEA

¿Tú ves en aquel llano
dos choças de pastores?
Allí mora un pastor desventurado
por nombre Lusitano
que entiende estos dolores
y aun ellos le an traýdo a tal estado.

SOLISA

Dexemos el ganado
y a visitalle vamos,
él juzgue esta porfía.

OLINEA

Pues sús, Solisa mía,
a ver cuál de las dos nos engañamos:
aquél es, que allí veo,
embuelto deve estar en su desseo.

SOLISA

Pastor, ¿en qué pensavas?
Despierta, ¿estás dormido?

OLINEA

Pensando deve estar en mal d'ausencia.

SOLISA

Por cierto, ya tardavas
de aver atribuydo
a tu falsa opinión qualquier dolencia.
Escucha, ten paciencia,
amigo Lusitano,
las dos a ti venimos
y ambas te pedimos
nos quites de una duda, si en tu mano
está el poder quitalla,
pues toda cortesía en ti se halla.

LUSITANO

Si amor dexara libre este cuytado,
aviendo ya passado por su fuego;
si todo mi sossiego no perdiera
y amor no me traxera a tal extremo
qu'el fuego en que me quemo se acabara;
si no me atormentara nuevamente,
si no me viera absente de mi gloria,
si aquella gran victoria de aver sido
no la uviera perdido, como loco
pudiera (aunque sé poco) sentenciallo,
que yo por escuchallo m'é parado
y en tengo ya notado vuestro intento,
qu'el uno es descontento de passarse
el tiempo y no acordarse ni hazer caso
de ti, que passo a passo vas passando
y tú estás lamentando mal d'ausencia
y dizes qu'es dolencia muy más dura
que aquella que assegura estar sin pena.
Si a ti no te condena el amor ciego,

Solisa, y en sossiego estás aora,
y ves essa pastora que se enciende
y lo que más la ofende es el contento
que puede el pensamiento aora dalle,
pues no puede entregalle lo que spera,
¿por qué dessa manera porfiando
quieres vencer probando lo contrario?
Tormento es ordinario el que contastes,
razones alegastes, mas yo siento
que es muy mayor tormento el de Olinea
y a mí no se me crea que soy parte,
porque de la misma arte que ella pena
mi causa me condena por sentencia:
también el mal d'ausencia me á tocado,
también deste cuydado soy cativo,
también, Solisa, bivo en gran destierro,
también el Amor perro me castiga,
por esso, aunque yo diga lo que he dicho,
no pongas entredicho en lo que arguyes.
¿Pues no sé cómo huyes de las flechas
que Amor tira derechas a las tales?
Quien puede vuestros males apropiaros
y luego sentenciaros brevemente,
la nimpha es desta fuente, que es perfecta,
y aun es la más discreta que se vido,
es quien venció a Cupido con mirallo,
pues ¿quién mejor juzgallo que esta puede?
Que a todo el mundo excede su devisa
y llámase Belisa, la más bella,
nacida en una estrella tan dichosa,
que qualquiera otra cosa la obedece.
Aquí quando amaneçe sus cabellos
que el Sol se admira en vellos va peynando,
y por aquí holgando hazia Duero,
aquí esperalla quiero, y esperalda
vosotras en la falda desta sierra,
y derribaos por tierra quando passe,
mirá que no os abraze la luz clara
que sale de su cara cristalina,
que yo en mi Vandalina ymaginando
estaré, y aguardando a ver qué dize,
por ver si contradize lo que siento,
que según mi tormento lo he juzgado
y assí soy obligado a entendello
y siempre el padecello lo confirma
y el mismo Amor lo afirma y nos avisa,

mas nadie lo sabrá como Belisa.

SOLISA

Pues contra mí Fortuna se á mostrado,
no es mucho, Lusitano, que con ella
estés para abatirme conjurado.

No debes sentir bien de mi querella,
y pues no te á tocado, ¿cómo quieres
sentir de mí pasión ni conoçella?

No entiendes la opinión de las mugeres,
ni lo que se les passa con los días
que otra cosa dirás si lo entendieres.

Aquel sentir el mal por tantas vías
que parece imposible ymaginallas
a quien libre se ve de sus porfías.

Un ver lo que fue de otras y nombrallas
diziendo ser injusta la fortuna
que aquel próspero fin quiso llegallas.

D'un cabo la esperança es importuna,
de otra en ser tan larga desconfía,
y en fin no trae descanso cosa alguna.

Mas ya que está tan cerca el claro día,
a Belisa esperemos, Olinea,
y allí creo avrá fin nuestra porfía.

OLINEA

Pues tú quieres, Solisa, que assí sea,
sentémonos aquí, en este llano,
y cada una sabrá lo que dessea.

Y en tanto no ymagine, Lusitano,
da ora algún lugar al pensamiento,
no seas para ti tan inhumano.

Por que un poco descanses, algún cuento
nos di aora a las dos mientras speramos;
suspende por un poco tu tormento,

Porque Solisa y yo nos informamos
de Tolomeo, un pastor que allá apacienta

adonde ambas a dos apacentamos,

el qual también está puesto en la cuenta
de los que Amor condena por sentencia,
mas su pastora sola le sustenta.

También como yo sufro el mal d'ausencia
y afirman que de Amor y sus efectos
te á hecho maestro la experiencia,

y que sabes mil cuentos muy discretos
de algunos que en amar fueron dichosos
y de otros que a un fin triste son sujetos.

No te sean mis ruegos enojosos,
pues son los tales cuentos naturales
para estos prados verdes, deleytosos.

Toma, pastor, a hurto de tus males,
un poquito de tiempo, pues entiendes
que lo puedes hazer, aunque mortales.

LUSITANO

¡O, discreta pastora!, pues pretendes
de mal con que te offendes no apartarte,
¿cómo he de ser yo parte con el mío?,
¿cómo he de dar desvío a mal tan fuerte?,
pues que aun la propria muerte es menos pena
y el ánima está llena de fatiga,
hasta que mi enemiga me provea?
Mas aunque esto assí sea y que arda en fuego,
quiero hazer tu ruego, y soy contento,
pero no sé qué cuento diga aora
si no quieres, pastora, que sea triste,
qu'el hombre que se viste de tristeza
parece gran simpleza y disparate
querer hombre que trate en cosas ledas,
pues campo y arboledas aun le impiden
quando ven que no miden lo que passa
pues monte, choça o casa no le agrada
quando es tan demasiada su fatiga,
no sé qué cuento diga. Dezir quiero
el de Leandro y Ero, si os contenta,
a quien una tormenta de mar bravo
los puso tan al cabo, que acabaron
lo que ellos començaron muy de presto.

Fue el lugar de uno Sesto, y de otro Abido,
mas esto es muy sabido entre la gente.
Otro cuento excelente no tan nuevo
de aquel lucido Phebo contaría,
que por Dapline muría, y corriendo
tras ella yva muriendo por un valle.
Nunca quiso esperalle, y apretando
Phebo, la fue alcançando y la alcançava
que allá le guiava su desseo
y a su padre Peneo bolvió ella,
diziendo la donzella: «¡O, padre mío,
en quien yo tanto fío!, acude presto,
y antes que deshonesto acto haga,
Atropos me deshaga con la muerte».
Peneo, que de tal suerte vio invocarse
y viendo que acercarse siente aquel,
la convirtió en laurel; mas no quiero,
que en contar esto muero, quando llego
a quando Phebo ciego se abraçava
con el laurel, y dava unos sospiros
que parecían salidos con el alma.
Mas ya tengo en la palma otra historia
que estotra es muy notoria entre las gentes
de los dos excelentes amadores
a quien dieron amores sepultura
y a quien falsó ventura al mejor punto.
Su gozo estuvo junto y estorvólos
la muerte y apartólos sin razón.
Tisbe y Píramo son dos amantes,
en amor muy bastantes, que murieron
quando los dos salieron a esperarse;
mas no es justo contarse aora esto,
que en fin es manifiesto, y no la historia
de Céfalo y su gloria sin segundo,
y Pocris que profundo amor tuvieron,
y el suceso que uvieron, éste es bueno
porque es de penas lleno y de fatiga;
este es justo que diga, mi Olinea,
para qu'el mundo vea aquel suceso
y cómo Amor fue aviesso a aquella dama
de que quien la triste fama no está muda.
¡O, Musa, tú me ayudas, pues que puedes!,
que si tú me concedes lo que pido,
bastar podría el sentido y aun la lengua
para dezir sin mengua lo que quiero;
y aunque el mal de que muero esté suspenso

pagallo después pienso con setenas
en la ciudad de Atenas muy nombrada,
adonde celebrada está Minerva,
pues ella la reserva a su servicio
y exercita el oficio entre los hombres.
Dos uvo cuyos nombres ya he contado:
él Céfalo, llamado muy bastante
en orar elegante y en la guerra
hasta la dura tierra le temía.
Marte favorecía su partido,
mas fue de amor herido y en un punto
vino el remedio junto a la dolencia,
pues viendo la excelencia e hermosura
que a Pocris la ventura ha concedido
al padre la ha pedido Eritreo,
y él viendo aquel desseo que mostrava
e quán bien se empleava, fue contento,
tratóse el casamiento e concluyóse,
el amor confirmóse en los casados,
verse un punto apartados no podían
ni lo que se querían lo consiente.
Pocris fue tan prudente e tan hermosa,
que ninguna otra cosa le excedía.
A caça yva algún día su marido
con un dardo escogido que Diana
con voluntad insana le havía dado,
pues de tan buen estado quitar pudo
a quien el Amor crudo fue muy manso.
Pues como su descanso ya cansasse
e como se abreviasse su consuelo,
fuele contrario el cielo de tal suerte,
que a Pocris dio la muerte deste modo.
En aquel tiempo todo qu'él andava
por una selva brava por la siesta,
dentro en una floresta se metía
y el gran Sol le movía a que llamasse
a Aura y la invocasse, que era un viento
que con su movimiento refrescava
su pecho e reparava contra Phebo;
y como un día el mancebo la llamasse
e un pastor lo escuchasse, pensó luego
que era amoroso fuego el que ha sentido,
pues dende allí escondido a bozes llama
aquella Nimpha que ama, no entendiendo
ser ayre e presumiendo lo que quiso.
A Pocris dio el aviso, y le affirmava

que a una Nimpha amava su marido,
porque él havía oýdo invocarla
e so un roble esperarla por la siesta.
La gentil dama, honesta, no creýa
que en el vaso do avía el amor puesto
un amor tan honesto consintiesse
otro que tal no fuesse; y con todo
tuvo fortuna modo en aquel punto
de ponelle allí junto una sospecha,
que el seso no aprovecha en tal aprieto.
El coraçón discreto de la dama,
como en amor se inflama, aunque alegado
Céphalo, muy cansado, de ado viene
callarse le conviene en su presencia
y toma aora experiencia sabiamente.
Viendo su amor presente, va corriendo
y abráçale diziendo: «¡O, amor mío!,
¿cómo el valle sombrío os da más gloria
que la que en su memoria os ve y adora?»
E luego en esta hora le mirava
su rostro e contemplava allí advirtiendo
si a lo que está diziendo el rostro esconde
o el tono a que responde está mudado
hi algún poco entibiado el amor puro.
Mas él como seguro respondía
a esto y le dezía: «¡O, mi esperança,
por quien mi vida alcança gran contento!,
¿por qué mi pensamiento á de olvidarte?
Aunque yo algo me aparte, no lo temas,
porque si tú t'estremas en quererme,
en tu alma puedes verme, yo lo creo,
pues en el mía te veo, mi Señora,
e si algún tiempo aora mientras vivo
algún dolor recibo con tu ausencia,
de mirar tu presencia la esperança
me sostiene y alcança. Junto a esto
un pensar que muy presto verné a verte
y el gozo es d'otra suerte, pues no es dado
plazer de aver llegado adonde quiere
al que no se partiere, ni ay salud
que muestre su virtud como conviene
si tras el mal no viene». Y esto es cierto
quando tan gran concierto Pocris vía,
en lo que le dezía su marido
quedava su sentido satisfecho;
mas quando muy de hecho esto passava

e al otro día tornava al hondo valle
luego venía a apretalle la sospecha,
y aunque ella la desecha, no bastava.
¡O, que se me olvidava de deziros
con qué hazía sus tiros, mucho tardo!
Sabed que él tenía un dardo, que en tirando
con él y en acertando todo es uno.
No tira tiro alguno sin que mate;
pues como a ella el combate da que el celo
la mueve a desconsuelo, determina
de saber muy ayña si s'engaña,
porque el enojo estraña contra aquel
que su fe vive en él muy despierta
e por sospecha incierta le parece
si alguna ira se ofrece ser injusta,
e que es cosa muy justa el afirmarse,
y por certificarse parte luego
muy sola e sin sossiego rastreando
por donde va caçando su marido.
Ya lleva más sentido y más cuydado
de ver al que ha buscado en su presencia,
que no de la experiencia que pretende.
El vivo amor la enciende y apressura
e por una espessura se metía
de ado vio que venía su marido
de la siesta oprimido a buscar sombra.
Al viento Aura nombra e va diziendo
«¡O, Aura, a quien atiendo!, ven de hecho
e refresca este pecho caluroso;
mira quán desseoso de ti vengo
e quánto amor te tengo, pues te llamo.
¡O, Aura, a quien yo amo!, ¿aún no llegas?,
¿por qué el favor me niegas que te pido?»
Pues como Pocris vido al que dessea,
su alma se recrea con su vista,
mas la mortal conquista causa luego
tan gran desassosiego, que se fina
e luego determina más llegarse
para certificarse claramente,
e como Pocris siente y no a quien llama,
sentóse entre la rama donde estava
do acaso meneava unas hojitas
de las que caen marchitas en el suelo.
Causa del desconsuelo que se ordena,
causa de grave pena a su marido,
causa de ver perdido en un punto

a su bien todo junto, pues estando
Céfalo suspirando por su viento,
sintió aquel movimiento entre las ramas
e vido unas retamas menearse.
Comiença a levantarse e comoquiera,
diziendo «alguna fiera causa esto»,
toma su dardo presto e apuntando
al lugar e mirando muy derecho,
enclava el blanco pecho delicado
al blanco blanco á dado el ballestero.
Entró el dardo muy fiero, de tal suerte
que con ansias de muerte dio un suspiro.
Corrió Céfalo al tiro muy de presto
e como vido el gesto de su amiga,
no hay hombre que diga lo que siente,
de sí se halla absente el desdichado.
El rostro demudado a Pocris vido,
el cabello esparzido e sin concierto,
el blanco pecho abierto e desangrada,
su alma trespasada, el triste amante
el dardo en un instante la sacava,
su camisa resgava, y apretando
la llaga e abraçando su consuelo.
Quexándose está al cielo deste caso,
su alma está en trespaso y riesgo corre
si esfuerço no socorre aquel instante.
Vierais al triste amante dezir luego:
«¡O, Pocris!, ¿yo estoy ciego? Di, ¿qué es esto?
¿el tu hermoso gesto es el que veo?
¡O, fin de mi desseo!, ¿yo te he muerto?
¡O, grave desconcierto!, ¡o, triste mano
que al pecho sobrehumano de mi amiga
heriste, Dios maldiga quien te rige,
pues luego no corrige mal tan fuerte
con darme a mí la muerte en esta hora!
¡O!, Pocris, mi Señora, ¿qué ventura
o qué gran desventura te ha traýdo
adonde yo he ya corrido en tan gran culpa?
¡Ay!, que no havrá disculpa en tan gran yerro,
pues muerte y aun destierro no es castigo.
¡O, braço, mi enemigo abrasado
te vea e arrancado con tormentos!
¡O tristes pensamientos!, ¿dónde estavais?,
¿por qué no me estorvavais? ¡O, Diana!,
que diosa soberana eres llamada,
de ti se vea vengada la que muere,

pues que tan crudo hiere este tu dardo.
¿Qué es esto? ¿A cuándo aguardo yo a matarme?
justo es de mí vengarme, ¡ay, perdido!»
Pues quando Pocris vido el grave llanto
de Céfalo, e que tanto se culpava,
como quien lo amava dixo luego,
(con todo aquel sossiego que podía
aunque morir se vía): «¡O, dulce amigo,
si el tiempo que conmigo te as gozado
no está de olvidado, tú no quieras
amar hasta que mueras otra alguna.
Y aunque esta Aura importuna a quien llamavas
y por quien sospiravas sea más bella,
no te cases con ella, ¡o, amor mío!;
mas antes da desvío al pensamiento,
pero si tu tormento no cessare
y el mal de amor llegare a aquel extremo,
del que por ti me quemo, yo no quiero
que mueras, aunque muero por tu mano,
sino que bivo y sano permanezcas
y a essa Aura te ofrezcas por marido».
Quando Céfalo vido que hablava
su Pocris y nombrava el dulce viento
y el celoso tormento con que vino,
cayó en el desatino y grave daño
y en el muy grande engaño de su amiga.
Dolióle su fatiga y dixo: «¡Ay, triste!,
¡quán engañada fuiste, Pocris mía!
Dí, ¿quién pensar podría que olvidarte
pudiera de algún arte, siendo tuyo?
¡O, Pocris!, oy concluyo mi bien todo,
¡o, miserable modo de tristeza,
de la naturaleza muy contraria!
¡O, Pocris, y quán varia es la fortuna!
Si a otra Nimpha alguna amé algún día,
arder vea el alma mía en fuego eterno,
y en el escuro infierno yo me vea
si nunca cosa fea he cometido,
ni a otra yo he querido en esta vida,
que la Aura entristecida a quien llamava
un ayre es que invocava, un triste viento,
que es su movimiento esta ora.
¡o, mi hermosa Aurora, ya te passas
y el alma me traspasas con tu muerte!
¡O!, rostro, que de verte me alegrava,
¡cómo la muerte acaba tu hermosura!»

Y assí su desventura está llorando
el triste amador quando aquellos ojos
que fin a sus enojos avían dado,
y aquel rostro mudado a él se buelve,
la lengua desembuelve tanto quanto,
mas no pudo ser tanto que bastasse
a que ella pronunciasse lo que quiere.
Mas como ya no espere más gozarlo,
queriendo ella abraçarlo, alça luego
sus braços con un fuego d'amor bivo
y al amador cativo abraçar quiso,
mas Muerte tuvo aviso d'estorvallo,
y queriendo abraçallo al medio dello,
la muerte puso el sello a sus cuydados,
y los braços alçados quedó ella
y él desmayóse en vella, de manera
que en verla quedó fuera de sí mismo.
Pocris luego al abismo descendióse
y Céfalo hallóse despertando
cabe el cuerpo, y mirando dixo luego:
«¡O, muerte, que el sossiego me as robado!
¡o, triste!, yo he causado mi mal todo.
¡O, quién hallara un modo con matarse
para de sí vengarse, mas no es justo
que yo tan a mi gusto muera aora,
perdiendo a mi Señora, pues conviene
que biva triste y pene, y la memoria
de mi passada gloria no se aparte,
aunque de mí se parte mi consuelo!
De lágrimas el suelo esté regado
y el ayre importunado de sospiros,
mis ojos podéys yros, que no os quiero,
pues con vos desespero de ver cosa
que al alma deleytosa selle pueda.
Fortuna, pues tu rueda á desandado
di, ¿por qué a este cuytado no le matas?
¡O, muerte, que me tratas d'una suerte
que el menor mal es muerte que aora siento!»
Con este gran tormento el triste amante
llevó en aquel instante y abraçada
a Pocris, que finada en tierra estava,
y en tanto la enterrava en aquel valle
hasta ordenar de dalle sepultura
que su gran desventura en ella cuente.

OLINEA

Assí mi alma siente, Lusitano,
tal caso, que en mi mano no es sufrillo;
y yo me maravillo de qué suerte
resistió aquel la muerte, viendo muerta
la que su alma despierta a tanta pena.
La historia á sido buena, y mejor fuera
que la hermosa Nimpha aora viniera.

SOLISA

Andá, que cerca está el claro día,
según que aquel luzero nos avisa,
y allí podrá aver fin nuestra porfía.

Sin duda siento allí venir Belisa;
¿no ves cómo una luz resplandeciente
detrás de aquellos hayas se divisa?

LUSITANO

Sabed que aquella es que de su fuente
salir suele a esta ora, veysla, viene,
mirá qué extremo aquel tan excelente.

OLINEA

Amiga mía Solisa, razón tiene,
¿no veys en cuánto extremo la á dotado
natura, y en el ser que la sostiene?

¡Cuán largo es el cabello, y cuán dorado!
¿No ves la perfición y la blancura
de aquel marmóreo pecho y delicado?

Solisa solo vella me assegura,
que mi opinión terná por cosa cierta,
y la tuya dirá que es gran locura.

SOLISA

No estés tan confiada, que no acierta
quien tanto en sí se fía, y ten por cierto
que nunca la razón le abrió la puerta.

OLINEA ¡O, Nimpha, cuyo ingenio es tan esperto
que no ay delante de ti saber alguno,
que no esté so tus pies rendido y muerto!

Yo contra esta pastora arguyo y pugno,
diziendo que mi mal da más tormento
que el suyo puede dar, ni otro ninguno.

D'ausencia es mi pasión, y el sentimiento
que della tengo yo, mira si obliga
a ser más grave mal el que yo siento.

SOLISA

Pues as dicho, Olinea, la fatiga
que a ti te da dolor, escúchame aora,
diréle el mal que a mayor mal me obliga.

¡O, Nimpha muy discreta!, ¡o, gran Señora!,
del tiempo que se passa estoy quexosa,
pues mi vida se passa de ora en ora;

no tengo amores, no, ni tengo cosa
de quien contento espere, ni lo espero.
Ved cuál es de las dos menos dichosa;

a ti, hermosa Nimpha, sola quiero
que juzgues entre nos si el mal d'ausencia
aquexa más que el mal de que yo muero.

BELISA

Remito vuestro mal a la sentencia
que Lusitano diere, pues tocado
está de mucho acá dessa dolencia.

Yo tengo por mejor, aunque es doblado,
el grave mal d'ausencia de Olinea
que no el que aquí Solisa á relatado,

que quien su bien no ve quando dessea
y está tan lexos dél, es grave pena,
mas no ay cosa en amor que no lo sea.

Aquella que de amar se siente agena
no teme esta pasión, y aunque otra tenga,
la vida sin querer en fin es buena.

Tener una esperança y ser tan luenga
es grave mal, Solisa, pues no ay cosa
que pueda dar contento, aunque más venga;

y con todo su mal es más dichosa
Olinea en tenelle que Solisa,
aunque del tiempo esté muy más quexosa.

No puedo dezir más, que estoy deprisa.
A ti te lo remito, Lusitano,
que bien sé que el Amor es quien te avisa,
pues no te perdonó su ayrada mano.

SENTENCIA DE LUSITANO

Si el tiempo hasta aora te ha negado,
Solisa, tu desseo, e brevemente
se va el tiempo passando y no consiente
el arco contra ti mostrarse ayrado,

no des tan gran poder a tu cuydado
que no pueda templarse tu accidente,
que aun no tarda el amor ni es conveniente
pensar que tu derecho está passado.

A estar de todo punto ya olvidada
perdido lo mejor de tu presencia,
tuvieras más razón d'estar penada.

Mas aunque fuera assí, a mal d'ausencia
no puede otra pasión ser comparada
y esto, Solisa, doy por mi sentencia.

Después que esta sentencia Lusitano
en aquel caso dio, se parte luego;
echaron las pastoras a otra mano
al pastor ymitando en el sossiego.

Para Solisa fue hablar en vano
lo que el pastor juzgó, que su gran fuego
lo tiene por mayor que el de Olinea,
y ansí se van las dos hazia el aldea.

FIN

ÉGLOGA TERCERA

A la señora doña Ysabel de Osorio

¿A quién daré las quejas amorosas
de dos pastores del amor vencidos,
e dos zagalas más que el sol hermosas?

Su triste sospirar e sus gemidos,
sus desvariados casos, sus afetos,
¿a do los embiaré que sean oýdos,

si no es a ti, señora, a quien subjectos
están mis versos, y los que ser quieren
en nuestra edad tenidos por discretos?

A ti ternán por fin los que quisieren,
a sus metros ganar immortal fama,
y que anden muy seguros por do fueren.

Tu hermosura al mismo amor inflama;
tu discreción y aviso más parece
de espíritu celeste que de dama.

Tu grande honestidad, que resplandece
por todo el universo, es de tal arte,
que en todo a la de todas escurece.

Pues ¿quién, señora, di, podrá yguarte?
¿O quién verá tu rostro sobrehumano,
que pueda según eres alabarte?

La pluma y el papel, el seso e mano,
todo se turba al tiempo que ymagina
tus gracias escrevir, y escribe en vano.

No ve el entendimiento a dó camina,
no sabe la razón traer razones,
e la memoria tiembla y desatina.

Pues ¡sús!, ¡cessad mis versos o renglones!
¡Dexad el alaballa al que la ha hecho
y a quien le concedió tan altos dones!

Con esto queda el seso satisfecho,
e aun tú puedes quedallo, pues, señora,
tan claro está en el mundo tu derecho.

Recibe, pues, los versos que yo aora
te ofrezco, e tu favor les da por paga.
Que si en tu gracia están sola una ora,
no avrá murmuración que mal les haga.

PERSONAS:

*DIANA,
DANTEO,
MARFIDA,
FLORIANO*

DIANA
¡Ribera deleytosa!
¡Prado florido y verde
de árboles diversos rodeado!
Con flecha rigurosa
de un mal que no se pierde,
en ti mi corazón fue traspasado.
¡O, tiempo desdichado,
dichoso a no mudarse!
Mas no ay contentamiento
a quien sólo un momento
consienta la fortuna conservarse,
ni corazón tan duro,
que deste mal de amor esté seguro.

¡O árboles amenos!
¡O, claro y fresco río,
testigos de mi mal y de mi gloria!
Dezí: ¿no halláis menos
el dulce amigo mío,
perpetuo poseedor de mi memoria?
¿No queda aquí la historia
en la corteza dura
escrita de su mano
e crecen a una mano,
las letras, el dolor, la desventura?
¡Ay, tiempo muy amado,
cómo eres, pues passaste, desdichado!

No tengo yo creydo
que es ya tu fe traspuesta,
aunque, Sireno mío, no te veo;
ni que en tu mano ha sido

bolverte a la floresta
a do nació tu mal e mi desseo;
ni puedo creer ni creo
que es parte larga ausencia,
ni hermosura agena
para mudar tu pena,
que el tiempo ya de ti me dio esperiencia;
mas temo a mi ventura,
que nunca en cosa mía está segura.

¡O, alto y verde aliso,
que estás junto a la fuente
de donde viene el agua a esta ribera!
Mi desventura quiso
que viesse en ti presente
a quien yo buelva a ver antes que muera.
Estava yo bien fuera
de amar ni ser amada,
e todo mi cuydado
estava en mi ganado,
alegre, libre, esempta e descuydada;
burlava yo, mezquina,
de quien de mí se burla a la continua.

¿Dó estás, Sireno mío?
¿E tú, ribera umbrosa,
cómo sin mi pastor produzes flores?
¡O, claro y fresco río,
corriente impetuosa!
¿por qué, di, no atajaste a mis amores?
E vos, mis ruyseñores,
cuyo suave canto
jamás le fue enojoso,
mas todo su reposo
estava en vuestra música, entretanto
que yo no parecía,
dexad, pues él se fue, vuestra armonía.

Si á de ser, Sireno,
mi confiança parte
para no ver tu vista desseada,
quiçá me sería bueno
seguir el contemplarte,
y deste bien vivir desesperada;
mas ser tan desdichada
gran sinrazón sería,

e más quien ama tanto;
con todo, no me espanto
si mi ventura quiere y lo porfía;
y, en fin, sea lo que fuere
que tuya seré yo mientras viviere.

Sólo este pensamiento
de no hazer mudança
podrá, Sireno mío, sustentarme;
terné contentamiento,
aunque sin esperança
es impossible cosa contentarme;
en esto pienso estarme,
siquiera viva o muera,
o tenga gloria, o pene.

¿Quién es aquel que viene
por aquel soto abaxo a la ribera?

Danteo me parece,
aquel que aun a las fieras enternesce.

DANTEO Hermosa Silvia, nunca yo me vea
de amor ni de fortuna consolado,
y el triste corazón contino sea
por ti confuso, triste y desamado,
si el mal que el alma y cuerpo señorea
agená hermosura lo ha causado,
¿por qué te passa, di, por pensamiento
que no eres causa tú del mal que siento?

¿Y por qué causa, di, señora mía,
no ves, o ver no quieres mi desseo?

¿Qué más señal de amor que mi porfía
el no poder vivir si no te veo?

¿Quándo he de ver aquel dichoso día
en que crearás que te ama el tu Danteo?

Que aunque sería gran bien si me quesiesses,
a tiempo querría más que me creyesses.

¡O, cuántos tiempos, Silvia, son passados,
después que amor hincó en mí su lança!

¡Quántos suspiros tristes tengo dados,
e cuánto me dañó mi confiança!

E agora en gualardón de mis cuydados
me has hecho perder toda mi esperança,
diziendo que no crees el mal que siento
y que es a causa de otra mi tormento.

¿Qué más ay que mirar que tu hermosura,
aunque después se pague con la muerte?
¿Qué más que pedir ay a la ventura,
o quién delante ti podrá ser fuerte?
¿Quién ay que como tú esté segura
o quién lo puede estar después de verte?
Pues ¿por qué dizes, Nimpha, que ay engaño
do ves tan claramente el desengaño?

Es ciego el que no vee tu luz ser tanta
que hiere su corazón su llama ardiente.
Es sordo e mudo el hombre que no canta
tu hermosura estraña y excelente.
Es sin sentido aquel a quien no espanta
tu discreción tan alta, si la siente.
E pues que en mí no ay falta en conocerte,
di, ¿cómo podrá haverla en el quererte?

Pues te desseo y amo, temo e quiero,
e una centella sola de tu fuego,
me hizo ser tan tuyo que no espero
ser otra cosa el fin de mi sossiego,
¿por qué no quieres creerme que me muero,
en verte a ti sin fe, e a mí tan ciego,
que no ay do no te veo luz alguna,
ni en cielo, estrellas, sol, luzero o luna?

¿Por qué de un bolver de ojos, de un desvío
matar quieres aquel que por ti muere,
si a tu corazón duro el triste mío
contempla, sigue, vee, dessea e quiere?
¿Por qué no me dirás: «Pastor, yo fío
que sola mi beldad tu alma hiere»?
E aunque otra cosa sientas, Nimpha mía,
enbuélveme en engaño esta alegría.

¿Diana es la que veo allí sentada?
Sin duda aquélla es: ¡ay, triste vida!
Descansa ya, pastora desdichada,
pues la ventura d'ambos es perdida;
mi gloria, e aun la tuya es ya pasada,
mi alma resta aora se despida,
pues no veo a Silvia yo, ni a tu Sireno,
ya se acabó a los dos su tiempo bueno.

DIANA

Danteo, a muy buen tiempo eres llegado;
assiéntate aquí un poco e hablaremos,
e tú descansarás, si estás cansado.

DANTEO

Mejor será, pastora, que lloremos;
que descansar aquí ni en otra parte
no sé si querrá el mal que padescemos.

Bien debes, mi pastora, de acordarte
quando mi Silvia aquí contigo andava,
e si de mi pasión le cupo parte.

¿Acuérdate, Diana, quando estava
allí junto al arroyo, e sus corderos,
con tus ovejas blancas repastava?

DIANA

Danteo, bien me acuerdo: e los primeros
amores de Sireno allí empeçaron,
los quales tuve entonce por ligeros;
pero después, Danteo, assí pesaron
que los sentidos creen a costa suya
el mal de que algún tiempo se burlaron.

DANTEO

Escucha, Diana, pues por vida tuya,
allí entregué mi alma a mi pastora,
la qual no podrá ser que della huya;

creciendo yva el amor de ora en ora,
y aún no dexa el crecer de parte mía,
menguando de su parte cada ora.

¡Ay, triste!, ¡y cuántas vezes me dezía
«no tenga vida yo si la gastare
con otro ageno amor o compañía»!

E yo respondía luego: «si pensare
jamás a otra querer, y de mi gloria
un punto, ¡o, Silvia mía!, me apartare,

yo pierda el seso, el ser e la memoria,
y de successos malos e fatigas,
de mí en el mundo quede larga historia».

DIANA

Escúchame, Danteo, antes que digas:
¿a dó repasta aora, o cómo ha sido,
que olvide tanto tiempo a sus amigas?

Solía repastar por este exido
y conversar conmigo y con Alcida.
¡O, cuánto mal procede de un olvido!

DANTEO

Ya Silvia no es quien era, ni essa vida
se acuerda si fue vida, pues la mía
dessea a cada punto ver perdida.

No sé, ni saber puedo por qué vía
esta vida olvidó y el verde prado
do tanto tiempo fue de mí servida.

Acuérdaseme a mí, ¡ay desdichado!,
que en este prado vi su hermosura,
do nasce todo el mal que amor me ha dado.

Su rostro no fue obra de natura,
ni aun comprendió su forma delicada,
su traça, su compás, su gracia pura.

¿Quién una frente vio tan extremada?
¿Quién los cabellos de oro descogidos
¿Quién la nariz derecha y afilada?

¿Quién vio los ojos garços, guarnescidos
de una pestaña y ceja tan graciosa,
que allá en el cielo muestran ser nascidos?

¿Quién una boca vio, la más hermosa
que natura formó? ¿Quién las mexillas,
de una color más viva que la rosa?

Poder sus perficiones referillas
parésceme impossible, porque falta
el seso e discreción para sentillas.

Y lo que su beldad sube y esmalta,
es una discreción que la ponía
encima de las nuves y aun más alta.

Su hermosura assí resplandecía,
su ser, su aviso, gracia y excelencia,
que otra qualquier beldad escurecía.

Pues viendo yo, cuytado, una presencia
tal alta en toda cosa en esse punto
d'estar sin libertad tomé experiencia.

Llegóseme el desseo allí muy junto,
con la desconfianza y mal sossiego,
que es cierta en quien de amor está difuncto.

Comiénçase a encender el dulce fuego,
quemando poco a poco blandamente:
ved cuánto hazer pudo el niño ciego.

Mi mal no se lo dixé allí al presente,
pero después passando algunos días,
sintió de amor en mí su llama ardiente,

Pudieron tanto, Diana, mis porfías,
que en fin vino a quererme o a engañarme,
según estando aquí mil vezes vías.

Dezía muchas vezes que en amarme
ninguna otra llegava a sus extremos,
mas álos vuelto aora en olvidarme.

DIANA

¡Ay, Dios! ¡Ay, mi Danteo! ¿Qué haremos?
¡O, amor, cuán tristes son los más sucessos!,
pues uno sin dolor jamás le vemos.

Mas no me espanto yo de sus excessos,
que en fin él es Amor y Amor es ciego,
y assí los tiros dél son siempre aviessos.

DANTEO

Estando, pues, mi vida en tal sossiego,
que yo jamás pensé poder perdello,
su alma se encendió de ageno fuego.

De cierto no lo sé, que a yo sabello,
me uviera dado ya muy cruda muerte;
mas veo mil señales ciertas dello.

Porque tratarme Silvia desta suerte,
con puntos, quejas, celos, escusados,
diziendo que mi fe no es firme y fuerte,

me dobla de ora en ora los cuydados
que amor en algún tiempo me causava,
pensando que a mi salvo eran passados.

DIANA

El tiempo, ¡o, mi Danteo!, que gozava
la triste de Diana al su Sireno,
comiénçalo a dezir, mas no lo acaba.

Mi cielo en algún tiempo vi Sereno,
mis ojos vi gozar; mas ya es passado,
que nunca turó mucho un hado bueno.

Andava yo, Danteo, en este prado
con mi Sireno a vezes repastando
y más vezes los ojos qu'el ganado.

De su divina música gustando
me estava; yo otras vezes a una fuente,
cuya memoria siempre estoy llorando.

Era su voz suave y excelente;
a tierra, cielo y mar enterneçía
y el abismo aplacava blandamente.

A Phebo y sus cavallos suspendía,
tañendo su rabel y discantando,
con su divina voz en compañía.

Las aves que a las nuves van bolando,
oyendo el dulce canto se paravan,
su melodía y gracia contemplando.

Y las hermosas Nimphas, que habitavan
en la hondura de Acis, sobre el río
sus doradas cabeças levantavan.

En él puse yo entonce el amor mío
y aun él lo puso en mí, y assí quedamos,
suspensio de los dos el alvedrío.

Mill días después desto nos tratamos;

más nunca honestidad salió d'enmedio
e assí en un casto amor nos confirmamos.

Jamás en su dolor buscó remedio
que fuese más de verme y conversarme
ni aun yo para gozar busqué otro medio.

Viniéndose aquí un día a visitarme,
¡ay, Dios!, ¡ay, crudo amor! ¿Quién no se admira
en ser tan mi enemigo el acordarme?

Con amorosos ojos él me mira,
diziendo: «Mi pastora, ¿qué haremos,
mientras la ardiente siesta se retira?»

Yo respondí: «Mi bien, allí estaremos,
y del ruydo dulce de una fuente
que está so aquella haya gustaremos;

a do tañendo tú muy dulcemente
y con tu voz divina discantando,
no puede aver pasión que no se ausente.

Y estando tú tañendo, yo gustando,
con el tañer y canto muy suave,
las fieras azia ti se yrán juntando.

No quedará en el ayre ninguna ave
que no se venga a ti y allí no atienda,
en quanto el dulce canto no se acabe.

No ay animal ninguno que te ofenda,
ni el osso, ni el león con su bramido
quando ay entre los dos dura contienda;

ni la feroz serpiente con ruydo,
ni el toro quando ya de muy celoso
a su competidor dexa tendido;

ni aun el hambriento lobo cauteloso
inquietará el pastor que está dormiendo:
todo será quietud, todo reposo.

Y en quanto el ciervo esté suspenso oyendo,
le puedo yo tirar, y aun acertalle
el a osso que tras él verná corriendo».

Pues como mi contento era gozalle,
nos fuymos mano a mano por la bera
de aquel sotillo espesso, al fin del valle.

Y estando allá los dos desta manera,
el viento Aura llegó más favorable
que Céfalo ni Pocris lo quisiera.

La fuentezica e aura un admirable
concierto hazen de son con el ruydo
dulce, sabroso, manso y agradable.

Comiença el amador de amor vencido,
y su rabel tocava, contemplando
quán favorable amor siempre le á sido.

E yo bolví mis ojos, deleytando
la vista en mi Sireno, y los oýdos
a la suave música entregando.

Y assí estávamos ambos suspendidos,
la fuente y aura cessan el moverse
de su música dulce constreñidos;

el cielo y tierra viera suspenderse,
y a Phebo y su Diana estar atentos,
y el crudo niño ciego enternecerse.

Mandava Eolo allí cessar los vientos,
la voz del mi Sireno s'estendía,
doblando allá en las cuevas sus acentos.

Los animales llegan a porfía,
un trecho dél estaban sin mudarse,
suspéndelos la voz y el armonía.

Las aves luego empieçan a llegarse
y entr'ellas, fue Córnicen, a quien Pallas
la transformó en corneja por vengarse.

La paloma Sirao con blancas alas,
a quien Júpiter puso tal figura,
y la lechuza, exemplo de las malas.

Pues Ytis, el faysán, a quien ventura

la pena dio del hierro de su padre,
las alas meneó por la espesura.

Y Filomena y Progne, tía y madre
de Ytis, no faltaron, que no ay cosa
que a las tres avezillas más les quadre.

El suelo dessa selva verde umbrosa
poblado estava todo de animales,
y aquella vega en torno deleytosa.

Cien mil ratos passava destos tales,
¡ay, Dios!, quán peligrosa es la memoria
de un bien tan estremado en tantos males.

Después que amor le dio de mí victoria,
no sé dónde se fue ni adónde quedo,
ni cómo el tiempo assí robó mi gloria.

Danteo, a su tardança tengo miedo;
no sé qué medio tenga si se tarda;
no creo que verná ni creerlo puedo,
que si él á de venir, ¿a cuándo aguarda?

MARFIDA

Si amor, el tiempo, ausencia no son parte,
cada uno por su parte y todos juntos,
para dexar difuntos mis sentidos,
¿cómo he de dar oýdos a otros males?
De amor extremos tales he sentido,
que nadie á padescido mal tan fuerte,
pues dexa atrás la muerte y aun es poco.
¡Ay, mi sentido loco y mal mirado!
Estavays ocupado en mal ageno,
y no en el que yo peno y me sustenta;
con todo es bien y sienta alguna cosa
por Nimpha tan hermosa como aquélla
y por la muerte della y de su amigo,
aunque el amor conmigo no á dexado
lugar desocupado de tormento,
para que el sentimiento sentir pueda
el mal que a otro suceda por amores,
pues son los míos mayores que otro alguno.
¿No ay pastor ninguno en este prado?
Allí está uno sentado, e su pastora:
¡ay, quién te viera aora, Lusitano,

sentado en este llano entre las flores,
contando tus amores y porfías
assí como solías a Marfida!
¡Ay, sola! ¡Ay, triste vida y enojosa,
pues no puedo ver cosa en pena o gloria
que luego a la memoria no me traya
o bien o mal que me aya sucedido
con mi pastor querido Lusitano!
Pastor, que en este llano en tu pastora
contemplas de ora en ora blandamente,
e desta clara fuente estás gozando:
¿estarte has alegrando solo en vella
e harálo también ella solo en verte?
¿No habrá temor de muerte que os empida,
ni creer que una tal vida faltar puede?
Si por lo que os succede en este instante,
juzgáis lo de adelante, estáys herrados,
que casos desvariados de fortuna
jamás persona alguna han acceptado.
Ya yo me vi en estado muy dichoso,
pensé que aquel reposo no faltara:
ni el tiempo se passara tan de presto,
no me era manifiesto como aora,
que el tiempo cada ora da una muestra,
estó a mi costa diestra en estas cosas.

DIANA

Pastora, las dichosas yo confieso
que puedan sentir esto justamente,
mas no quien vive ausente de su gloria,
e su propria memoria es su enemiga.

DANTEO

¡O, Nimpha! La fatiga y descontento
que está en un pensamiento y que le toca,
jamás parece poca al que la siente,
mas antes no consiente que la agena
se ygualé con su pena, y esto es cierto,
yo pienso que estoy muerto con tormento,
e tú que el descontento te maltrata
y el otro que le mata su desseo.
En toda parte veo, do ay amores,
pensar de sus dolores cada uno,
que no le llega alguno, ni es possible.

MARFIDA

Bien veo que es terrible en toda gente
su mal, y el que lo siente lo encaresce,
y tanto le paresce que s'estrema
quanto su fuego quema y no el ageno;
mas no tengo por bueno que assí estando
vosotros, e gozando de miraros,
mostréis señales claros de tristeza.

DANTEO

Pastora, mi firmeza causa esso,
do hizo amor excesso e lo haze aora.
Yo amo a otra pastora que me hiere,
y esta zagala quiere en otra parte,
e assí yo no soy parte en alegrarla,
si no es en consolarla, si pudiesse;
mas que ella pretendiesse dar consuelo
a quien la tierra e cielo le han negado,
¿parécete escusado?, di, pastora
¡O, si mi Silvia aora imaginasse
mi mal, e la informasse su memoria
de la passada gloria que tenía
al tiempo que la vía en este prado!

DIANA

Bien sé que está informado mi Sireno
de aquel mi tiempo bueno, e se le acuerda;
mas no para que pierda sólo un punto
de estar su amor difunto, según creo.
En fin, yo no lo veo, ¿qué más pena?
Ni mal ni muerte agena me es consuelo.
Mas ¡o, importuno celo! ¿Qué me quieres?
Bien sé que habrá mugeres e hermosas,
e adonde habrá cosas yo seguro,
mas no un amor tan puro como el mío:
¡ay, Dios!, que aun de mí misma no me fío.

MARFIDA

Dessa arte no me espanto
de ver vuestra fatiga;
de la que no tenéys me maravillo
que ausencia os pene tanto,
que un fino amor desdiga
¿qué corazón, dezí, podrá sufrillo?
¿O quién podrá encubrillo
que no se quexe al cielo,
e con su triste canto

las aves hagan llanto,
e aun a las fieras mueve a desconsuelo?
Mas ¡ay de ti, Marfida,
quán a tu costa entiendes esta vida!

Veréis un hombre esento,
veréis una pastora
que nunca ha experimentado estos dolores,
sin más conocimiento
querer luego a la hora
mostrar que avrá consuelo en mal de amores.
Veréys otros pastores,
que no ay quien los ataje
e no considerando
allá en su coraçón qu'es un lenguaje
el que habla el afligido
e otro que de amor no está herido.

DANTEO

Que yo no fuera amado,
y amado estrañamente
passara el fin por ello, aunque muriendo;
mas ¿verme en un estado
tan alto y excelente,
e por un no sé qué yllo perdiendo?
Cien mil pastores, viendo
el mal que amor me haze,
pretenden consolarme
e aquello es más matarme;
mas yo como ninguno satisfaze,
respondo assí perdido,
triste palabra es «Ya fuy querido».

Que amor haga dichosa
el alma y la convierta
en la de la pastora a quien amare.
El fin de toda cosa,
Marfida, es regla cierta,
por do se ha de regir el que juzgare,
pensar que amar declare
lo que será adelante,
es yerro, e la esperiencia
me ha dado a mí licencia
que diga con razón e muy bastante
que la verdad que ay cabe
del tiempo sólo es hija, y él la sabe.

DIANA

Ves, viene Floriano
el su rabel tocando.
Escúchale, Danteo, oýllo hemos;
que su mal inhumano
el triste está cantando
en quien fortuna hizo mil estremos.

DANTEO

Un poco nos lleguemos,
para mejor gustalle.

MARFIDA

¿Y quién es, di, Danteo?

DANTEO

Es un pastor que creo,
si no viene antes muerte a despenalle,
qu'el el mal lo buelva loco.
Ora escuchad las dos, oýlde un poco.

Canción

FLORIANO

Ribera verde umbrosa,
prado florido e árboles amenos,
do mi Nimpha hermosa
fortuna me hizo menos,
e mis cansados ojos de agua llenos.

Aquí la mi pastora,
aquí todo mi bien e alegría
andava cada ora;
mas la ventura mía
ya triste no es assí como solía.

Ya no veo aquellos ojos
adonde yo me vía tan contento,
que de pasión y enojos,
de pena o de tormento,
jamás dio allí razón mi pensamiento.

¡Ay, espaciosos días!

¡Ay, noches importunas e pesadas

en quien las ansias mías
a solas son contadas,
e a costa de mi alma lamentadas!

No sé qué medio tenga
ni por ser medio ya querría sabello,
que quien de mí se venga,
en mi mal echa el sello
y sus braços en tu hermoso cuello.

¡Que goze mi pastora,
otro pastor más baxo y más grossero!
¡O, muerte! ¡Ven ora!
No harás, porque te espero,
pues mándote raviar, que sin ti muero.

Bien sé que estás forçada
en tan grossera y torpe compañía;
mas no aprovecha nada
que el sí, pastora mía,
pudiéralo excusar quien no quería.

Si dizes que soy loco,
que tus padres y deudos te forçavan,
los deudos podían poco
si amores te estorvavan;
mas ya creo que en ti se me acabavan.

Canción tan triste y mía:
no passes adelante, porque creo
qu'el mal que en mí porfía,
los ojos que no veo
me acabarán con muerte el gran desseo.

DIANA

Bien muestras, Floriano,
en tu suave canto
la gran razón que tienes de quexarte.

FLORIANO

No está, Nimpha, en mi mano,
dexar de dar espanto,
a quien del mal de amor tuviere parte;
mas tú para mudarte,
ni el triste de Danteo,
no bastarán razones,

ni aun ajenas passiones
para que cometáys, caso tan feo,
como la mi Felisa,
con quien el crudo amor al mundo avisa.

MARFIDA

Pastor, aunque asta ora
no tengas conocida
quién es la que te habla, ten creýdo
que soy una pastora,
y la más ofendida
de sola mi firmeza y de Cupido.
Acaso en este exido
me hallo, y pues te veo,
te ruego que me cuentes
tu historia, y que te asientes
en esta verde yerva, porque creo
que deve ser historia
para jamás caer de mi memoria.

FLORIANO

Demándasme, pastora,
que yo la historia cuente
de aquel estraño amor tan mal pagado
que tuve a mi señora:
bien es de gente en gente
se sepa quán sin causa fue olvidado
amor tan estremado.
Escucha, y con gran tiento
estad todos a oýrme,
y aquel que está más firme
la rienda tenga un poco a su tormento.

MARFIDA

Comiença, Floriano,
que todos te oyremos a una mano.

FLORIANO

En mi niñez de Amor fuy salteado
y puesto en un cuydado muy estraño;
Amor me hizo engaño y retiróse,
Fortuna señalóse por mi parte,
y no fue de tal arte que turasse.
Mas, ¡o, quién esperasse de Fortuna
turar en cosa alguna muchos días!
Amor y sus porfías me cercaron,

del ser me despojaron que tenía,
quedar sin alegría fue lo menos.
¡O, árboles amenos! ¡O, ribera!
Quién aquel tiempo viera desseado,
que yo con mi ganado me holgava
y aquí lo repastava, o en aquel soto,
lugar assaz remoto de passiones
de amores, ni ocasiones de tenellos,
ni contemplar cabellos ni hermosura,
a do hizo natura aquel extremo,
do el fuego en que me quemo se encendiese.
Pues como amor quisiese lastimarme,
no supe mampararme ni moverme
si no era retraerme a quien yo era,
y ver en qué manera me excedía
aquella a quien quería en toda cosa,
y que era en ser hermosa sola una.
Después vi ser ninguna mi esperança
y no hazer mudança era forçado.
Estava yo, cuytado, a mi soldada,
guardava la manada de su padre;
la Nimpha con su madre se venían,
de comer me traían a mi choça.
Felisa, aunque era moça, sólo en verme
llegó casi a entenderme y en un punto
me vía estar difuncto ante sus ojos;
y como mis enojos sospechava,
si su madre llegava a ver las cabras,
la Nimpha en mis palabras sentía luego
la fuerça de mi fuego, y sospechando
lo que dissimulando tenía en poco,
bolver me hazía loco; e otros días,
de ver que en mis porfías no avía cura,
mostrava una blandura en cierto modo,
con que aquel día todo Floriano
pensava que en su mano tenía el mundo,
e que no avía segundo en los nacidos.
Después en mis sentidos rebolviendo
amor me yva poniendo mil sospechas,
viniendo muy derechas a matarme,
e para consolarme mi Felisa
con amorosa prisa se venía
a mi choça, y dezía: «Está muy ledo,
pastor, e no ayas miedo de mi olvido».
Entrava en mi sentido esta promessa
con infinita priessa reformando

mi alma, e alegrando mis potencias,
y en rostro y continencias me mostrava
amor; mas yo quedava en no creella,
ni creer que era mi estrella tan dichosa,
tornava en qualquier cosa a entristecerme;
e por satisfazerme me dezía
que el mar se secaría y aquel prado
en mar sería tornado, mas que en ella
ni en su fe no avría mella, y que me fuesse
a mi tierra e hiziesse mentirosas
mil lenguas maliciosas que dezían
lo que ellas presumían locamente.
E como tan prudente e avisada
como alta y estremada en hermosura,
mostrando una blandura me dezía
que a ella le complía me partiesse,
y en esto dismintiesse la sospecha,
y estando ya dessecha con mi ausencia
con muy grande advertencia me bolviesse,
que nadie acá entendiesse mi venida.
Mas yo, aunque a la partida uviesse miedo,
porque de solo un credo estar ausente
recrece un accidente al que bien ama,
mandándome tal dama, fuy forçado,
aunque con gran cuydado, de partirme,
y huve en fin de yrme desta tierra
a do me hizo tal guerra el mal de ausencia,
que en mi triste presencia se mostrava
el mal que me causava mi gran pena,
pues no avía cosa buena que me diesse
contento, ni ofreciesse algún sossiego;
ni el claro río Mondego celebrado,
ni el sitio deste prado, ni las fuentes,
ni las dulces corrientes sonoras,
ni las campestres rosas, ni las flores,
ni los muchos pastores namorados
que cantan sus cuydados todas oras,
ni las dulces pastoras muy apuestas,
ni las alegres fiestas que hazían
al tiempo que bolvían a la tarde
qu'el sol ya menos arde, al aldea.
¿Quién puede aver que crea el gran tormento
que allí mi pensamiento me causava?
Pues como me causava estar ausente
de aquel rostro excelente de Felisa
pensé de qualquier guisa allá bolverme

porque tenía el perderme muy vezino
si más aquel camino dilatasse;
e sin que más pasasse, en un momento,
bolvido el pensamiento, me guiava
e bien se me acordava en qué manera
Felisa me dixera, quando fuesse,
que nadie me sintiesse de algún modo.
E por cumplillo todo sin cautela,
assí como el que vela en atalaya
encima de una haya estuve puesto
en un lugar dispuesto, y se me antoja
que con la rama e hoja se encubrieran
cien mill que allí estuvieran sin ser vistos.
Andar viereys tan listos a mis ojos,
sus lágrimas y enojos suspendiendo,
la tierra descubriendo se estendían,
por ver si ver podrían mi pastora,
a quien vía cada ora en aquel prado.
Y, el sol casi passando en fin del día,
venir vi ell alma mía passo a passo
con vagaroso passo imaginando
hazia el suelo mirando y parecía
que azia allí venía do yo estava,
e un poco se parava a cada trecho,
el camino derecho no olvidando.
Veníase arrimando a una cayada,
hazia el suelo inclinada la cabeça.
Yo estuve assí una pieça sin sentido,
e casi suspendido de contento;
a ella el pensamiento que traía
mil vezes la hazía no moverse,
mas ante entretenerse, como digo.
E luego allí conmigo enparejando,
muy rezio, sospirando, alçó la cara
diziendo: « ¡Ay, cómo es cara e desabrida
la ausencia, pues la vida y más me cuesta!
¡Ay! ¿Quién te vio floresta y te ve aora?»
Yo, viendo a mi pastora muy de presto,
dixe entre mí: «¿Si es esto que ha hablado
por mí, o si á mudado el pensamiento?»
Yo estuve muy atento, e prosiguiendo,
tornó a hablar diziendo: «¡Ay, mi ribera,
que con la primavera te alegravas
y el campo matizavas en verano!
¿Cómo sin Floriano estás un punto?
¡O! ¡Quántas vezes junto a esta haya

que el alma me desmaya en sólo vella,
formaba su querella! Mas ¡ay, triste,
que ya aquí no consiste bien alguno!»
Yo, que tiempo oportuno vi a tal ora
bolvíme a mi pastora, muy desecha
mi alma de sospecha, ni otra cosa,
e dixé: «¡O!, más hermosa Nimpha mía
que Aragne parecía al su Teseo,
¿es cierto que te veo ante mis ojos?
¡O, fin de mis enojos! Tú eres cierto,
que ingenio tan esperto y hermosura
tenella otra criatura es escusado.
Todo mi mal passado buelvo en gloria
en verme en tu memoria estar tan bivo;
yo soy el tu cativo Floriano,
yo soy el que no en vano te á querido;
ya ves que soy venido, y a qué effecto,
y que el amor perfecto me ha traído».
Pues como ella me vido, y conosciése
mi boz e me entendiesse, muy corrida
quedó de su venida e sin sentido,
en ver que le había oído lo que sola
habló; mas despertóla el amor puro
y, el rostro muy seguro, dixo luego:
«Muy poco es el sossiego que tuviste
allá, pues que bolviste tan de presto
a darme aora en este sobresalto.
Desciende de lo alto; espera, espera,
que allende la ribera hazia el aldea,
parece que Olinea va llorando
y deve ser pensando en el ausencia
-que esconde la presencia de su Sareo-;
pero ya la veo entrar en la cañada,
adonde su manada está paciendo.
¡Deciende!» -«Ya deciendo, mi señora»,
dixé, e luego a la ora, y decendíme.
En este punto vime, que antes desto,
quando no vía el gesto cristalino
que parece divino no me vía,
e dixé: «¡O, Nimpha mía, por quien muero
e a quien yo tanto quiero, e aun es poco!
Indignamente toco a esta tierra
a do heziste guerra a tu cativo
pues sólo por ti bivo y sé qué es vida.
Di lo que eres servida que aora haga
para que satisfaga lo que quieres».

La flor de las mugeres dixo luego:
«Escucha e ten sossiego; vete aora
en cas de la pastora Veronisa,
e dile que Felisa te ha embiado,
que ya havemos tratado y consentido,
en que estés escondido allí en su choça,
como eres su moça en traje della
o como una donzella desterrada
que fue acaso llegada a su manida,
e allí le dio acogida de manzilla.
Ya vasquiña e mantilla aparejada
está, e cofia labrada, e todo a punto;
mi casa está allí junto; e vernos hemos
e aquí los dos ternemos compañía».
Yo, triste, que sentía tan buena arte,
le respondí: «De amarte llanamente
y del tiempo que ausente estuve firme
no pudiera venirme mejor paga.
Lo que mandas se haga». -«Pues ve presto
-con muy alegre gesto, aquella hora
me dixo mi pastora-; porque veo
tu amigo Tolomeo y no te vea,
voy donde está Olinea que m'espera».
E assí desta manera partí luego
e con aquel sossiego que me complía
fue donde dicho avía, e lo hallé todo
de la manera y modo que he contado;
e fue luego llevado por aquella,
y llamado donzella desterrada,
e una gran manada me entregaron
de ovejas, e mandaron las guardasse.
¡O, quién aora tornasse al día primero
que con çurrón y esquero e mi cayada,
salí de la posada hecha pastora!
¡O, quién se viera aora en aquel día!
Mas, ¡ay Felisa mía!; bien se sabe
que tiempo tan suave no se ha visto,
ni sé cómo resisto haver perdido
tal bien, e mi sentido no perderse.
Después de mi alma verse cada día
con la que más quería, repastando,
e por allí gustando de las flores,
burlando a mil pastores que passavan
ser yo pastora, e davan mil sospiros
haziéndoles mil tiros cada hora,
venía mi pastora en la mañana

con gracia sobrehumana y me dezía:
«¡A, compañera mía! ¿Qué haremos?
Bien es que allá llevemos los ganados
do vuestros enamorados os esperan;
catad que no se mueran con ausencia».
Mostrava en su ausencia mi Felisa
una secreta risa, e un mirarme,
que para captivarme nuevamente
harta era sufficiente causa esta;
y luego por la siesta mano a mano
no nos quedava llano, valle o soto,
ni algún parte remoto, selva o fuente,
que de ambos juntamente paseado
no fuesse, e aun gozado de sus flores.
Allí nuestros amores muy seguros
de sus daños futuros se mostravan;
mas como ya cansavan, la fortuna
y el tiempo ambos a una me siguieron,
e a su padre hizieron que llevasse
Felisa, e la casasse por matarme,
e sin dexalle hablarme, un triste día
a la pastora mía vi casada,
en tálamo sentada; e si otro fuera
con quien casar la viera; mas Felino,
pastor el más mohíno e más grossero,
que nunca fue vaquero en este valle.
¡Ay, crudo amor, que tiempo es ya que calle!

MARFIDA

Pastor, bien has mostrado con tu canto
la gran firmeza y fe que has sostenido;
moverse un corazón parece espanto,
y más do un casto amor está imprimido.
Mas no vengo a espantarme desto tanto
quanto es de ver el mal que te ha venido,
dexarte vivo a tí e tu pastora
gozar viviendo, quien goza aora.

FLORIANO

No ay cosa, no, pastora, en lo que siento,
de las que casi nada te parecen,
que no vea en ellas más el pensamiento,
que en las mayores que a otros acaecen.
Quando ordinario fuera mi tormento,
passáralo como otros que se offrecen;
mas ni en amor, ni en muerte, ni en fortuna

jamás como mi pena huvo ninguna.

DIANA

Jamás mi corazón contento vea,
si en él en algún tiempo entrare olvido,
y en mi favor jamás Fortuna sea
si al mi Sireno en cosa he yo offendido.
¿Qué cosa puede ser más baxa y fea
que aborrescer yo misma al que he querido?
Pues no sólo hazello es grave culpa,
mas aun a la sospecha no ay disculpa.

DANTEO

En toda cosa he visto una mudança
muy más veloce y presta que no el viento;
allí do más ponéis vuestra esperança
allí tenéis más cierto el movimiento,
e a do no la tenéys, allí se alcança.
No sé dónde esto nasce, ni lo siento,
ni sé según el tiempo veo moverse
qué deve dessearse, o qué temerse.

FLORIANO

Dexemos ya, pastores, este prado,
pues Febo se nos va d'entre estas flores;
azia el lugar llevemos el ganado,
dexemos de hablar en mal de amores,
en desamor hablemos que á causado
al triste Floriano sus dolores;
e quede concluydo, que no ay pena
como es ver mi pastora en mano agena.

ÉGLOGA QUARTA

A la señora dona María de Aragón

En la ribera del dorado Tajo,
do pierden el sabor sus dulces aguas,
muy cerca de los montes donde Ulysses
edificó la flor de nuestra Europa,
poniéndole su nombre señalado;
do con su fluxo entre el mar Océano,

e al tiempo que se buelve a su morada,
muy sin trabajo llega el marinero
a aquella gran ciudad, que ya he nombrado;
mirando aquellos valles muy umbrosos,
las selvas e los sotos más espessos
que los que paseó Diana un tiempo;
y en medio los superbos edificios,
con los castillos fuertes y altas torres,
muy más que las pirámides del Egypto,
e más artificios que el sepulchro
que hizo la muger de Mauseolo,
andavan dos pastores desterrados
de nuestra Hesperia, adonde les quedava
el alma en manos de sus dos pastoras.
Y repastando en medio destes valles
sus mansas ovejuelas se toparon:
comiençan a hablar en sus amores,
o el mismo amor devía hablar en ellos.
Pues tú, señora, en quien naturaleza
juntó saber, bondad e hermosura,
y al nombre de Aragón has levantado,
aunque más alto estava que la Luna,
recibe destes dos las graves queexas,
y dame tu favor para contallas.
Interlocutores: Silvio, Pireno

SILVIO

¡Ay, sperança larga! ¡Ay, corta vida!
¡Ay, spacioso tiempo e importuno,
quán a mi costa vas por mí passando!
¡O, triste hado más que otro ninguno!
¡O, crudo amor! ¡Ay, immortal herida,
por quien la muerte está de mí burlando!
¡Quién entender pudiesse hasta cuándo,
esta sperança mía
de sobresaltos llena
verá el fin de su pena!
¡E cuándo veré yo el dichoso día
en que el pastor alcança
aquel glorioso fin de su sperança!

Si yo mirasse bien mi mal estraño,
si yo sintiesse bien de lo que veo,
no avría mal a quien no resistiesse;
que, aunque es tan mi enemigo mi desseo,
es tan amigo mío el desengaño,

que no podría engañarme aunque quisiese.
¿Qué entendimiento avría que entendiese
de sí mismo tan poco
que se hiziese digno
de aquel rostro divino
por quien con mi speranza estoy tan loco,
si no es sólo este mío?
Lo qual será a su costa, yo lo fío.

¡Ay, Dios, Pireno mío, quién pudiera
huyr de amor, el qual por passatiempo
recibe estar contino en su porfía!
¡O, si pudiesse yo tener el tiempo
tan apremiado, y tal que me dixera
lo que él dirá después, y a costa mía!
¡Quán a su espacio va passando el día!
¡Ay, horas vagarosas!
¡A, Phebo! E que importuno,
más que planeta alguno
te muestran tus jornadas spaciosas,
e vos, noche cansada,
que para no acabar soys començada.

PIRENO

¡Amor, amor, tu nombre me ha engañado!
No digo bien, que yo quise engañarme;
mas no, no me engañé: forçado he sido,
la fuerça hizo un rostro, y el forçarme
d'allí nació, d'allí nació el cuydado;
mas, ¡o, cuydado, por mi mal nascido!
¡Ay, coraçón cansado!, ¿a qué has venido?
¡Ay, alma ya entregada
a nuevas experiencias!,
¿por qué tus tres potencias
pusiste a mal recaudo, di, malvada?
La obra es de los hados.
Llorad, mis ojos tristes y cansados.

Llorad cansados ojos e afligidos,
si con llorar podéys matar el fuego
a quien sin más pensar las puertas distes;
llorad mi bien, llorad el gran sossiego,
llorad los días alegres ya perdidos,
llorad la libertad, pues la perdistes,
llorad el triste estado a que venistes.
Llorad aquellos días

alegres, que el ganado
os dava más cuydado,
que no el amor cruel y sus porfías;
e pues que soys culpados,
llorad, mis ojos tristes e cansados.
No sé si esto es amor o desvarío,
ya juzgo mi pasión por cosa nueva.
Por mi mal cometí tan gran empresa;
no entiendo este camino por do lleva
amor mi voluntad a pesar mío,
e no es a mi pesar, aunque me pesa.
Amor quiere que asiente yo a mi mesa
tan grandes dos contrarios,
como es un gran contento
e un descontentamiento,
e assí son mis effectos siempre varios.
No estéys jamás parados;
llorad, mis ojos tristes y cansados.

La fe que puso en ti mi pensamiento
e la esperança que perdí con verte,
y el gran desassossiego que causaste,
no tienen otro mal menor que muerte,
pues no sólo me diste el mal que siento,
mas todos los remedios me atajaste.
¿Con qué desdén, señora, me miraste?
¡Qué rostro tan hermoso
e contra este cuytado,
muy más que tigre ayrado,
e más que de serpiente riguroso!
¡O, tiempos desdichados!
Llorad, mis ojos tristes y cansados.

Lloré las ocasiones que me dava
el falso amor, que entonce no entendía
lo que me enseña aora la experiencia;
cresciendo yva mi mal de día en día,
mas yo con todo esto me entregava;
jamás pude hazerte resistencia.
E aora que del todo en tu presencia
me ves estar rendido,
tu fuerça me has monstrado,
la mía me has robado,
e assí me han puesto nombre de perdido
los bien afortunados.
¡Llorad, mis ojos tristes y cansados!

¿Qué te costava, di, tenerme
con una sola muestra d'esperança
pues tu poder quedava reservado?
Bastava allí el temor de tu mudança
para templar el bien que fuera verme
algún poco de tiempo en buen estado.
A corazón de azero, y quán cansado
me tienes cada día
de dar bozes al viento,
mostrando mi tormento
e lamentando el tiempo en que te vía
entre estos dos collados!
¡Llorad, mis ojos tristes y cansados!

¿Quándo avrán fin, señora, mis enojos,
pues quando acá entre mí el menor contemplo
de tu crueldad y de mi fe me espanto?
¿No te daría el tiempo algún exemplo,
de cosa que passasse ante tus ojos
que te obligasse a remediar mi llanto?
Mas no puede mi mal, ni el tiempo tanto,
que siéndote importunos
en ti hiziessen mella:
que tú eres sola aquella
a quien no ablandarán casos algunos
presentes, ni passados.
¡Llorad, mis ojos tristes y cansados!

Estoyme acá entre mí tomando cuenta
si cosa alguna mía te ha ofendido,
e no hallo que te ofendo en cosa alguna,
salvo si tú te ofendes porque he sido
quien más en tus passiones se sustenta,
o mi llorar contino te importuna;
pero si tú imaginas que eres una
y acá y allá escogida
en ser y en hermosura,
verás que la ventura
abuelas della fue más homecida,
que yo ni mis cuydados.
¡Llorad, mis ojos tristes y cansados!

SILVIO

Conténtate, Pireno,
con verme a mí cativo

de sola una speranza, y aun dudosa;
y ten tu mal por bueno
pues ves en el que bivo,
e sufre a tu pastora rigurosa.
Bien ves que no reposa
mi triste pensamiento;
mas aunque estoy ausente,
me está más que presente
la causa que acrescianta mi tormento,
pues juzgo por perdido
quien dize que el ausencia causa olvido.

PIRENO

Tú tienes speranza,
mas yo bivo sin ella,
e assí no tengo gloria, ni la spero;
tú temes la mudança,
yo muérome por ella,
mas no se muda aquella por quien muero.
No sé por qué la quiero,
ni amor por qué me hiere,
ni por qué mi tormento
va siempre en crecimiento,
y en fin, en fin, quien olvidar quisiere
tan áspero cuydado,
meresce ser de todos olvidado.

SILVIO

¿Quién ay que más fe tenga?
¿Quién tiene más tormento?
¿O quién más sobresaltos cada hora?
¿Quién ay que más sostenga
la fuerça del tormento
sufriendo un mal que crece de hora en hora?
¿Quién más lágrimas llora?
¿Quién sufre una speranza,
con tantos descontentos?
¿Quién pone el alma en cuentos
guardándose contino de mudança?
¿Quién más firme en su estado
que el verdadero y firme enamorado?

PIRENO

Yo, Silvio, no lo entiendo,
ni puedo responderte;
respóndate el amor o tu gran pena,

en mí voy conociendo
que no ay dolor más fuerte
que aquel que está el remedio en mano agena.
Bien sé que a quien condena
el mal de los amores
que bive muy contento
con todo su tormento,
y el que padesce amando estos dolores,
si no es su amor fingido
está, quando está ausente, más perdido.

SILVIO

¡O, cuántas vezes veo
probar al más prudente
quando le haze fuerça su tormento,
si avrá fin su desseo
estando un tiempo ausente,
como si fuesse muerto el pensamiento!
Y entonce el sentimiento
está muy más bastante
mil vezes que en presencia.
Burlaos con el ausencia,
veréys cómo castiga a un triste amante,
pues siendo despedido
abiva la memoria su sentido.

PIRENO

Si mira a su pastora,
si sus quexas le cuenta,
si cada día le tracta en sus amores,
si no la ve una hora,
por otra se descuenta
en que le está diziendo sus dolores,
si no le da favores
huyr de deseallos;
pero si el tal se parte
no puede de algún arte
querellos, ni pedillos, ni alcançallos;
y estando en tal estado
la soledad levanta su cuydado.

SILVIO

¿Qué mata al que es ausente,
e ciega su esperança,
aunque contino viva desseando,
que le haze estar presente

de aquella semejança
que siempre está su alma contemplando?
¿Qué le haze andar buscando
los más tristes lugares,
y aborrecer el día,
negar la compañía,
y en medio los plazer y pesares
llamarse desdichado?
Hallarse de su bien tan apartado.

PIRENO

Mil vezes, Silvio, veo
quexarse de la ausencia
los que por culpa suya están ausentes,
y estar vivo el desseo
muy más que no en presencia
mostrando en sí mortales accidentes;
ay género de gentes
que por su culpa quieren
estar muy alexados
de quien les da cuydados
e a cada passo dizen que se mueren
que aquel haver partido
causa su desseo más encendido.

SILVIO

Pireno, en la jornada peligrosa
del crudo amor, do estamos tan metidos
no ay cosa que nos pueda dar contento;
tenemos nuestros males entendidos,
y vemos que está el mal en una cosa,
que aquélla remediada no ay tormento,
e anda el pensamiento
tan loco con su tema
que no ay querer domallo
ni menos procurallo,
e assí busca hombre el fuego en que se quema;
mas ¿qué no hará el Amor e la Fortuna
en quien jamás hallé bonança alguna?

PIRENO

O, Silvio! Que este amor o esta locura,
este desassossiego y triste vida,
o este no sé qué, que no lo entiendo,
¿quán sin consciencia un alma trae perdida,
quán a su mano tiene la ventura,

e cuántas vidas anda destruyendo?
La mía yo la vendo,
por la más sin provecho
e más desesperada
que puede ser hallada,
pues para mal ni bien yo no aprovecho;
e assí ando entre las gentes vagabundo,
dando que murmurar y reýr al mundo.

SILVIO

Deve el Amor estar muy confiado,
pues quien por verse alegre y libertado
en estos que por fuerça le sirvimos,
ved quien en su enemigo se confía;
como cativos tristes le seguimos;
¿podiéndose soltar, lo dexaría?
¿O quién no se pornía
si algún poder tuviesse
contra un señor tirano?
¿E quién siendo en su mano
podría estar que no le destruyesse,
si no es un amador? ¡O, caso extraño!,
que pueda más amor que un desengaño.

PIRENO

¡Sús!, toma tu rabel, ¡o, Silvio, hermano!,
e yo tomaré el mío y cantaremos
los tristes versos que anteayer hazía;
dexemos el amor e sus extremos,
pues que el huylle no es en nuestra mano
ni aun a la suya darnos alegría;
e si la diesse un día
aý está la Fortuna
que viene a tomar cuenta
e luego el bien descuenta,
mas con el mal no tiene cuenta alguna.

SILVIO

Comiença, pues, Pireno, que cantando
yremos nuestro mal manifestando.

PIRENO

¡Mal aya el que se fía en esperança,
quando el remedio ve estar dudoso!
¡Mal aya quien no teme la mudança
si a dicha en algún tiempo está en reposo!

¡Mal aya el que se fía en lo que alcança
pues nunca estado vi más peligroso
que estar un amador tan confiado
que no piense perder lo que ha ganado!

SILVIO

¡Bien aya el que es tan firme en sus amores,
que no es sujeto a tiempo ni a Fortuna!
¡Bien aya el que no spera más favores
que ver que su pastora es sola una!
¡Bien aya el que entre celos y temores
su fe pone más alta que la luna,
que en fin, el buen amor, quando es perfeto,
no debe a cosa destas ser sujeto!

PIRENO

¡Mal aya el que de sólo un bolver de ojos
que en su señora vio pudo fiarse;
y el que respecto tiene a sus antojos
o de su sciencia piensa aprovecharse!
¡Mal aya el que pensando en sus enojos
con mal ageno piensa consolarse,
que el que otro yguala al suyo quiere poco,
o su grave dolor le buelve loco!

SILVIO

¡Bien aya el que es cativo sin respecto
de hazienda, linage, ni de estado
e aquel que a sólo un rostro está sujeto,
de un claro entendimiento acompañado!
¡Bien aya el que en amor es tan discreto
que no quiere más bien que su cuydado,
e bien, ay triste, pues me veo
muy más conforme a amor que a mi desseo!

PIRENO

¡Mal aya el que imagina que burlando
no suele el crudo amor hazer su hecho!
¡Mal aya el amador que lamentando
está diziendo que ama sin provecho!
¡Mal aya quien su gusto va buscando
a costa de su dama e su despecho,
e mal del cielo venga a quien pudiesse
no amar su dama más que su interesse!

SILVIO

No más, Pireno, que el ganado
se va su passo a passo a su manida,
e va el cordero que entra en el sembrado;
ve passo, no le mates, por tu vida;
assí, pastor, arrójale el cayado
jamás este coraje se te olvida.
Vengámonos mañana aquí, Pireno,
entre las flores deste valle ameno.

FIN